



popular
film
•
30
cts

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Presentan en el

Teatro Tivoli

el magnífico film de KING VIDOR

LA CALLE



basado en la célebre novela teatral
de ELMER RICE.

Intérpretes:

SYLVIA SIDNEY, William Collier Jr. y Estelle Taylor.

Una maravilla de realización. Un drama vigoroso y humano.

Y en el

Producción de SAMUEL GOLDWYN.

Fémina

el primer film interpretado conjuntamente por

DOUGLAS FAIRBANKS y Bebé Daniels

(“El hijo del zorro” y “La nieta del zorro”)

Para alcanzar la luna

El reto de una joven
moderna a un genio
de la Bolsa.

Suntuosa y moderna
presentación.



Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

19 DE MAYO DE 1932

Delgado en Madrid: Antonio Guzmán Merino

Director musical: Maestra G. Fausa

Nueva del Este, núm. 5, pral.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. + Barbadá, 16, Barcelona - Ferraz, 21, Madrid - Mártires de Jaca, 20, Irún
Plaza de Mirasol, 2, Valencia - San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

EL BUEN PROCEDIMIENTO

"A. C. E.", ESCUELA DE CINEMATOGRAFÍA

ANTES de criticar la producción cinematográfica extranjera, convendría superarla; y antes de hacer cálculos más o menos aproximados sobre el volumen de su negocio en el mercado español, deberíamos ponernos en condiciones de competencia artística, único modo, si no plausible, digno de esgrimir el argumento nacionalista, siempre antipático y en pugna con nuestra hidalguía tradicional.

Poco importa que los otros, en alas de sentimientos mezquinos, hagan una guerra sin cuartel, según se afirma, al espíritu y artistas españoles, y que en los estudios extranjeros se nos niegue el trato cordial y la beligerancia a que tenemos derecho, aunque no fuese más que por nuestra intervención casi providencial en la Historia del Mundo. Nosotros somos quienes somos, reaccionamos de un modo especial ante las injusticias, tenemos arraigado como ningún otro pueblo el sentimiento de la solidaridad humana, nos damos sin esperanza de recompensa, elevamos con el Quijote la generosidad al sublime grado de la locura y, quieras o no, siempre habrá en el fondo de todo buen español un hidalgo que despreciará el egoísmo, que sabrá hacer justicia a los méritos extraños y que, después de una bella acción, dirá sencillamente como el capitán de los fieros mostachos, espada al cinto y corazón de héroe:

«España y yo somos así, señora.»

¿Quiere esto decir que nos afanamos resignadamente a la preponderancia del cine extranjero en nuestro país, que renunciamos a combatirlo en buena lucha—en el mundo de los negocios y del arte no hay buena lucha, si no es la de superar en excelencia al contrario—, que nos crucemos de brazos o, lo que sería peor, que acojamos con júbilo la explotación extranjera? Semillante actitud resultaría una hajeza y un suicidio. Pero también es impropio de nosotros criticar por sistema, criticar negativamente, en vez de construir algo que justifique nuestros ataques y nuestras demandas.

Cuando los portugueses se dedicaron a explorar el mar y doblaron el Cabo de las Tormentas, y descubrieron islas en el Atlántico y eran los argonautas de Europa y la avanzada de la inquietud viajera, igual que los americanos lo son hoy del acierto cinematográfico, los españoles de entonces no se dedicaron a criticar a los portugueses, ni a cazar sus naos, ni a ponerles barreras de egoísmo en el mar, sino a superar las hazañas de sus vecinos y a saltar desde los tramos de Madera y las Azores al otro lado del mundo, dejando atrás y en buena lid, que es lo que importa, a los que hacia atrás iban delante. Este es el procedimiento tradicional y digno de nosotros.

Nuestra Portada

En la portada de la presente semana aparecen dos artistas de la Fox, destacados últimamente en la pantalla: Sally Eilers y James Dunn, protagonistas de "Pareja de baile", una de cuyas escenas recoge la fotografía que publicamos.

En la contraportada se asoman dos rostros muy conocidos: el de Maurice Chevalier, todo simpatía, y el de Jeannette Mac Donald, bello y atractivo. Ambos artistas vuelven a aparecer juntos en el film de la Paramount, "Una hora contigo".

«A. C. E.» lo ha interpretado así: no critica a nadie, no siente hipocondría por los negocios ajenos, ni amarillea con el color verdoso de la envidia disfrazada de un nacionalismo exaltado y sin fundamento.

«A. C. E.»—la unión de estas siglas sueña «hacer»—se propone actuar, hacer abrir su camino en paz con todos, y en silencio, que es el lenguaje del trabajo.

«A. C. E.» proyecta la realización de una serie de películas documentales bajo el título general de «Estampas Españolas», tomando, para dicha serie, escenas en todas las regiones de España. Este es uno de los puntos de su programa, y por sí solo bastaría para honrar una empresa. Aparte del valor documental y educativo de estas películas sinceras, sin deformaciones de tipismo exagerado, ellas servirán, y eso es lo esencial en los momentos actuales en que se habla con insistencia de crear un cinema hispano, para darnos a conocer valores inéditos, tanto en realizadores como en intérpretes y argumentistas; lo que vendría a constituir una escuela y un plantel o seminario de técnicos y artistas del que saldrían las futuras «estrellas» para las casas españolas que ahora ravan sus cimientos, aunque sería de desear que no insistieran demasiado en abrirlos sobre el terreno resbaladizo de la crítica acerba y del favor oficial a ultranza.

Escuela de artistas españoles que eclipsen a sus rivales, en el fondo limpio y claro de la pantalla, puede ser «A. C. E.», si sus afiliados no se limitan a una adhesión platónica, estimable, pero inútil en definitiva, cuando le falta el entusiasmo de la acción directa, que es el cumplimiento de los deberes contraídos por cada uno, según su categoría en la Agrupación.

Haciéndolo así, la Empresa creada al calor de nuestro periódico vendría a marcar el buen camino, el único camino posible para la creación seria, bien meditada y progresiva del cinema español.

ANTONIO GUZMÁN MERINO

cerle le apliquemos el calificativo de bárbaro.

El hecho es bien representativo de las preocupaciones de la mujer actual, que aunque en todos los tiempos haya sido esencial a su temperamento el deseo de agradar, sólo la de hoy se ha atrevido a considerar su cuerpo como si fuera un mueble susceptible de modificaciones.

Y la situación de esa enamorada, por lo mismo que tiene un aspecto cómico, destaca con mayor fuerza su emoción dramática. El novio ha comprendido toda la ternura que había en el cruento sacrificio, y ante el peligro de muerte de su amante se ha casado con ella «in extremis». Después de pasado aquel peligro, y con su esposa ya sana, aunque demasiado ligera de piernas, ha demostrado la sinceridad de su enamoramiento, alegrándose de que el cirujano no haya inclinado sus artes de escultor de carne más que sobre una sola pantorrilla. Aún es reparable el daño, ya que se hacen piernas artificiales tan acabadas, que casi por su resistencia, modelaje irreprochable y sutil juego de articulaciones, son preferibles a las verdaderas. La modista, sin embargo, trata de consolarse de su drama exigiendo al cirujano una indemnización de medio millón de francos. Lo que al cabo constituye una manera ingeniosa de tener una dote. Con una pierna menos, pero con medio millón más, se pueden hacer muchas cosas.

L. M.

La mujer de las tribus salvajes

Se cree generalmente que la situación de la mujer entre las tribus salvajes es de una extrema opresión, y que está continuamente sujeta a las crueldades y a la violencia del hombre. Cierto que, en el estado salvaje, el trabajo de la mujer es casi siempre penoso y constante; pero ello es debido, no a la crueldad u opresión de parte del sexo masculino, sino al hecho histológico de que, por las funciones maternales de la mujer, los defectos de la civilización se hacen inevitablemente más sensibles en aquella que en el hombre. La mujer debe trabajar más porque, en el período en que el trabajo no ha llegado a especializarse, aquella es la impulsora de la civilización.

Voy a citar un ejemplo que puede considerarse como típico de la situación de la mujer, y este es el de los Papúas. Entre ellos el marido tiene un completo dominio sobre su mujer, la cual constituye su propiedad, puesto que la ha comprado y, en ciertas circunstancias, hasta puede matarla. Pero, aunque la situación de la mujer sea allí legalmente inferior a la del hombre, prácticamente no es del todo desfavorable. Tienen autoridad en muchas cuestiones y no son nunca esclavizadas ni maltratadas. Además toman invariablemente la iniciativa en asuntos amorosos, hasta el punto de que un hombre no puede obtener esposa si una mujer no le hace oferta de matrimonio.

Una de las causas de la creencia en las crueldades ejercidas por el hombre sobre la mujer entre los pueblos primitivos, es indudablemente la falsa interpretación de ciertas costumbres amorosas; por ejemplo, la creencia en el «casamiento por capturas» que fue primitivamente universal. La mayoría de estas costumbres no tienen, en opinión de muchos autores, otro valor que el psicológico y ritualista. Son ceremonias convencionales en las cuales ambas partes desempeñan un papel preconcebido con objeto de alcanzar un fin por ambos deseado y de las que podría prescindir la mujer si quisiera. A lo que parece, más bien que a una videncia real, estas costumbres obedecen en parte a una concesión, en favor de la modestia femenina, al convencionalismo no aceptado en cuya virtud la novia no debe aparecer a los ojos de las gentes ansiosas de contraer matrimonio. Después de esto no puede ya considerarse el llamado «matrimonio por capturas» como expresión de la inferioridad social ni de la sujeción de la mujer.

A. F.

Correo Femenino

Modas

Es sumamente «chic» llevar con un vestido sencillísimo, completamente negro o completamente beige, un collar de piedras, aplastadas y cuadradas, muy cerca unas de las otras, de un solo tono, y éste violentísimo, completamente a ras del cuello. La elegante madame Errazuriz lo lleva del todo blanco, como si fuera de diamantes; madame Vera Bate se lo pone rojo, como si fueran rubíes; la marquesa de Chavannes lo lleva verde, como si fuera de esmeraldas; la condesa de Charny, amarillo, como los topacios; la duquesa de Latour, morado, como la amatista, etc., etc., y todos estos tonos, del color más decidido y marcado.

Una de las últimas fantasías es poner una alhaja detrás de la toca, justamente encima de la nuca, como si fuera para sostener el drapeado del sombrero. Un alfiler de cabeza doble de rubíes o de brillantes o con una esmeralda y un brillante (a ser posible, finos y no falsos), es la última palabra de los adornos de esta especie de boinas pequeñas que se llevan, completamente transparentes, hechas de punto de paja brillante como el azabache y que de lejos lo parecen completamente, haciendo un tocado elegantísimo y muy cómodo para tarde o noche.

Se lleva, cuando llueve o nieva, y también cuando se sale en auto, el zapato atado, negro o cuero, con tacón bajo; pero así que el tiempo sea menos húmedo, el zapato de charol o de gamuza, bellamente adornado en un lado por un pequeño lacito, se pone, aunque las aceras estén heladas, como si las mujercitas no tuvieran frío. ¡Pobre Fémíno moderna! Nada de falda o muy poca... Las piernas desnudas o poco menos. Nuestras abuelas, que se alababan de su perfecta salud, envidiarían, seguramente, la energía de las mujercitas de esta época...

La echarpe de tres colores, combinada al pañuelo, por la tarde es muy «chic» ponerse con el abrigo de breiswcharz, beige o de kasha, forrado de castor, lo que, naturalmente, resulta algo sumamente confortable, y que luego puede ponerse cuando se va a cuerpo prescindiendo del abrigo.

Cada año tiene su belleza; mejor dicho, sus bellezas y sus especiales elegancias. Nuestros padres gustaban de que sus mujeres tuvieran pobladas cejas y que éstas estuvieran muy bien dibujadas. Ahora el gusto barroco, que es el que impera, quiere, cada día más, que las señoras se depilen las cejas. Este trabajo, una vez esto ya hecho, permite dibujar más delgado que un hilo de seda, algo que parezca una ceja, que adoptará la forma que a usted más le agrade. Cejas arqueadas, cejas levantadas, cejas de un perfil completamente asiático. Lo que usted prefiera, y si estudia usted bien sus rasgos, no le quedará duda que le sentará perfectamente bien... ¡Es moda!

R. W.

Mártir de la belleza

Un drama que podríamos llamar el drama del Instituto de belleza, es relatado hoy por algunos diarios parisinos. La víctima ha sido la pierna de la elegante propietaria de uno de los afamados establecimientos de modas de la plaza Vendôme. Esta señorita estaba en trance de contraer matrimonio y quería ofrecer a la admiración de su futuro unas pantorrillas perfectas, según el patrón de belleza actual, del que, por lo visto, se apartaban las suyas, un tanto abultadas. La mujer moderna debe ir montada sobre alant-

bres. ¡Qué sacrificio no será capaz de afrontar una dama por conquistar la belleza! La modista, después de consultar con un doctor sobre los medios inmediatos de lograr esa línea sobria para sus piernas y de oír que sólo un cirujano podría obtener éxito, se puso en manos de uno de ellos. Aseguró

UNA BUENA NOTICIA

D. Edmundo Semán, importador de bisutería en Barcelona, ha podido comprobar por sí mismo, la maravillosa eficacia de la siguiente receta, que recomienda muy encarecidamente a toda persona canosa, cuya preparación se hace sencillamente en casa, con la que infaliblemente se logra que los cabellos canosos o descoloridos recuperen su primitivo color, volviéndolos además suaves y brillantes.

«En un frasco de 250 grs. se echan 50 grs. de agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción, pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplicando dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana, puede V. tener la absoluta seguridad de que adquirirán la tonalidad apetecida. No tiene el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

éste la inocuidad de la operación. Producida la anestesia por medio de una inyección lumbar, que no priva del conocimiento, pudo contemplar la terrible vivisección con la que iban a tallarle unas piernas a la moda. El cirujano empleó hora y media en una sola pantorrilla, de la que le extrajo, a lo largo, una gran tórtilga de carne. Luego los labios de la herida fueron fuertemente ligados. No hay para que decir hasta qué punto las curas han sido dolorosas.

Lo horrible para la pobre dama que por amor se sometía a tales tormentos, ha sido que la pierna se ha gangrenado, y para salvar la vida se ha impuesto la amputación. El cirujano, cuyo nombre es reservado por los periódicos con una bien excesiva consideración, soportará que aun antes de cono-



¡¡RÍASE DEL TIEMPO!!

y conserve la cara joven usando a diario la Leche de Almondas y Miel

ROSINA

que limpia el cutis, lo blanquea y evita las arrugas

Se vende en Perfumerías y Farmacias a Pts. 5'00 Frasco

UNITAS, S. A.
Librería, 23 - Barcelona



UNA OPERETA DE JOE MAY

SU MAJESTAD, EL AMOR

Nos hemos suavemente emocionado con las sentimentales aventuras de la taquimeca de «Entre sábado y domingo»; durante unos minutos que a veces se hacían interminables, nos hemos horrorizado con las inocentes truculencias de «El doctor Frankenstein»; hemos dichosamente apresado todo el intenso dramatismo de «El camino de la vida». Vamos ahora a reírnos; pero ¿adónde podremos ir? Recordamos títulos y protagonistas de films: «Los calaveras», de Oliver y Stan; gracia demasiado bufa; no nos convence; es una gracia la de este gordo y la de ese flaco, que de seguro se nos indignaría esta tarde que estamos deseando probar algo casi exquisito. «Milicia de paz»; lo dejaremos para otro día; eso sí: todas las tardes dejamos esta película para la siguiente: nos fastidian las historietas cuarteleras, aunque sean ferocemente antimilitaristas; habrá que ver, sin embargo, esta «Milicia de paz»; pero... la dejaremos para otro día. «El rey del bello». ¡Eso, nunca! ¿Dónde vamos entonces? ¿Adónde podremos ir entonces?

Joe May nos ofrece con su último film, risa y alegría: desconcierta, claro es, este ofrecimiento en el director de «Asfalto», en el realizador de «La última compañía», de esa cruda y sombría tragedia, que no hace aún mucho tiempo pasó inadvertida por la pantalla de una sala madrileña—en otros tiempos hoyante y aristocrática, y hoy día casi recoleta y sólo con un ligero y aburrido melancólico recuerdo semilegante—para desaparecer de rápida manera sólo saludada y dignamente comentada por dos o a lo más tres críticos inteligentes: no sería por cierto difícil el señalar qué señores son esos que consideran y todos quizás consideramos como críticos inteligentes o simplemente sinceros, pero renuncio a ello porque siempre me molesta el crearme antipatías y enemigos. «Hay que ser brusco», pero sólo cuando es necesario serlo.

Entremos en el cine: poca gente. ¡Malo, malo! No sé por qué me parece que Joe May nos va a desilusionar, y pienso un momento que «Su Majestad el Amor» sólo va a ser una opereta más. Por cierto que al pasar de Francia a España, el Amor ha ascendido de categoría; en Francia, este amor se contentaba con titularse alteza: «Son altesse l'amour». Pero no: recordamos la ausencia del público ante otros films memorables y nos arrepentimos de nuestra desconfianza. No, no comentemos antes de haber visto. Pronto podremos hacerlo: va a comenzar.

Se apagan las luces. Un noticiario insulso, como todos los noticiarios. Un viaje por Egipto, que hubiera podido ser interesante, y que resulta espantosamente aburrido: nos limitamos a ver unos árabes sucios y unos camellos «jorobados» y más sucios aún que los árabes. Un film de dibujos: está bien; comprobamos que Mickey sigue siendo tan ingeniosillo y que continúa tocando tan magníficamente el xilofón. Y ahora... ahora un descanso.

Pero tras el forzado intermedio, comienza «Su Majestad el Amor». ¡Este título! La verdad es que este título desagradado y escama bastante: suena demasiado dulce; el sabor de las palabras—majestad, amor...—es francamente empalagoso. Mal comienzo: «¡, señores; mal comienzo. Inevitablemente tornamos a pensar: ¿Para qué demonios hemos venido a este cine que es, además, tan horrible?

Pero no podemos repetirnos la despectiva pregunta ante la gracia pícaro de Kate von Nagl: no la conocíamos. Ahora Franz Lederer, ¿Dónde hemos visto esta cara? Recordamos. Sí: fué en aquella maravillosa película «Las mentiras de Nina Petrovna», realmente la única película de Brigitte

Helm. Siempre recordaremos los gestos desconcertantemente inocentes de aquel feo y desgarrado muchachote, los sonrojos infantiles del hombrón ante los coqueteos de la magnífica vampíresa que fué allí la atléctica germanita.

Pero volvamos, abandonando la evocación, al film de Joe May. Agrada la música; y el desenvuelto trabajo de los actores; y la manera de resolverse las escenas. Pocas acrobacias, pero ningún desfiliz. Sólo estas escenas iniciales nos enseñan que «Su Majestad el Amor» no es una opereta como otra cualquiera. Para encontrar otra parigal hay que acudir a «El trío de la benzina» o a «El desfile del amor». (Sí, señores: a «El desfile del amor», a pesar de Chevalier y de otras cosas que no son Chevalier.) En momento alguno decae la acción. Joe May sabe, además, evitar de manera perfecta las escenas cursis y resbaladizas; con gesto y discreción pasa sobre las escenas venecianas, tan propicias para caer en las más acarameladas sensiblerías: claro que se ve desde el primer momento que todas aquellas visiones italianas no son más que un pretexto para el paso—sencillo y magistralmente realizado—del arrojar de los papeles rotos, al elevarse tembloroso y blanco de las palomas en la coloreada «piazza» de San Marcos.

No nos asombra la exactitud de los tipos: en el cine alemán estamos acostumbrados a esta minuciosidad en el detalle y la caracterización; el personaje encarnado en tal o cual actor, no puede ser nunca de otra manera: su físico es perfectamente concorde con su carácter; su carácter recíprocamente, con su físico. Así que renunciamos a ver la versión francesa de «Su Majestad el

obtendrá el
cabello rubio
como el oro
brillante y her-
moso con la
loción vegetal
JUGO DE ORO

La Florida S.A.
Madrid

de Catalunya

Amor», a pesar de Anabella, sólo por no sufrir con la presencia de un falso papá casamentero y de otro barón distraído y libidinoso.

No, no está mal este film. Casi maravilla la gracia y saltarina agilidad del ritmo cinematográfico: Joe May no intenta, al parecer, decirnos, revelarnos nada nuevo; pero nos dice, al fin y al cabo, mucho. Por lo pronto nos enseña cómo es y cómo debe hacerse una buena opereta filmica: nada de dúos absurdos y de estáticas romanzas sentimentales cantadas por un tenorino almirado y presuntuoso; nada tampoco de «completos» semiverdes y de coros zarzueleros. No obstante, en «Su Majestad el Amor» no se prescinde de esas cosas en absoluto: hay dúos y hasta tríos; ¡pero de qué modo y manera realizados! En «Su Majestad el Amor» nadie se queda absorto y sin saber qué hacer con las manos mientras alguien canta una romanza sentimental; nada de eso: las manos cogen un disco de gramófono, colocan una aguja en el diafragma y... ya está la consabida canción baritonesca. ¿El dúo? Sí: el dúo amoroso es imprescindible en una opereta. Pero nada: los músicos del cabaret tocan un tango cualquiera; uno de la orquesta canta: «¡Oh, Margot! ¡Te quiero mucho, Margot!...», y los amantes se limitan a hablar acompasadamente sobre la música, sin concederle importancia, aun adivinando que el tango está sólo hecho exclusivamente para que ellos, a su compás, se digan tres o cuatro palabras amorosas. Y no puede negarse que esto es todo un dúo de amor.

Pocas veces se acostumbra a citar al reseñar un estreno cinematográfico, al autor de la música, y si algunas veces se le cita es precisamente cuando sus composiciones, en lugar de servir al film, se sobrepone a él, ocultándole, enmascarándole, haciendo de lo que debe ser una película musical, una música ilustrada con fotografías inarticuladas. En este caso, si yo conociera el autor de la música de «Su Majestad el Amor», le citaría con gusto: el músico se presenta en todo momento discreto, contenido: fabrica una música agradable y sobre todo ajustada. Allí no falta nada ni sobra nada. Y no cabe duda de que esto es una gran virtud y un enorme mérito si recordamos cualquier film americano y algunos—bastantes—europeos, en los que la discreción no es precisamente su mayor valor.

Del trabajo de los actores no sería necesario hablar. En manos de May todos se hacen magníficos; pero convendrá recordar a la pareja de bailarines y a los dos actores genericos que desempeñan los papeles del padre de la protagonista y del barón. Y a esa señora con cara de mono asombrado; y a aquel otro señor que de todo protesta; y a aquel otro florón que se emborracha por el amor de Kate... Franz Lederer, sencillamente bien. Kate von Nagl flojea algunas veces, pero en general mantiene su papel a la altura debida.

Fotografía, buena en general, así como los decorados acertadamente modernos.

J. CASTELLÓN DIAZ

Madrid 9-5-32.

ECOS

Groucho Marx, uno de los hermanos Marx, hizo su debut en la escena cuando los cornetes se ponían el sombrero bongo en la cabeza en vez de ponerlo en la boca del instrumento, como hacen ahora.

Lilyan Tashman salió en cinco tandas diferentes durante la semana en que apareció personalmente en el Teatro Paramount, de Nueva York.

Lily Damita hizo un gran consumo de sandwiches durante el rodaje de la escena de la película «Esta es la noche», de la Paramount.

“En el desfile”

Marcha One-step

II

De Francisco Ferrer

1^a 2^a

mf

1^a 2^a

2^a 8^a *ff*
p

>

>

NOTICIAS ILUSTRADAS Y COMENTADAS

El caballo, término de comparación

«La Garbo es una actriz a prueba de director», dice Edmund Goulding. «El secreto de sus triunfos reside en su intensa concentración. No sabe lo que es temperamento. Posee completa confianza en sí misma, y siempre está segura del resultado de cualquier escena que interprete.»

Goulding tiene autoridad para hablar así. Dirigió primero a la Garbo en «Todo por el amor», al principio de su triunfal carrera, y últimamente, encontrándose la genial estrella en la cumbre de la gloria, la dirigió una vez más en «Gran Hotel», la nueva película de la Metro-Goldwyn-Mayer.

«Cuando la Garbo dice que está cansada y quiere irse a casa», añade Goulding, «es porque verdaderamente ha llegado al límite de sus fuerzas. Trabaja más intensamente que ninguna otra estrella. El secreto de su éxito—épito—es la tremenda concentración que dedica a sus papeles. Generalmente ensaya sola en su camerín, no permitiendo que nada la perturbe.»

En el escenario donde trabaja, todo marcha como sobre ruedas. Con ella no hay dilación posible: llega siempre a la hora fija, jamás olvida su papel, jamás descuida un detalle, y no hace perder el tiempo a los productores con sus caprichos o arranques de mal humor, como otras actrices. Naturalmente, todo ello implica ahorro de tiempo, energías y dinero, ya que se necesita menos ensayos, y no hay que tomar varias veces la misma escena.

Ya le dicho que es una actriz a prueba de director. En efecto, ningún director puede jactarse de haber contribuido al triunfo de la Garbo en escena alguna; ella sabe mejor que nadie la que tiene que hacer, y lo hace. No necesita explicacio-

pero desde luego la imagen es casi acertada.

Aunque no rigurosamente original. Aquí, en España, ya se dijo de un político que parecía «un caballo loco en una cacharrería».

Por lo visto, los caballos son un buen término de comparación con «estrellas» de cine y con políticos.

¿Soy fotogénico?

Esta pregunta tienen que oír-la cien veces por día los directores de films.

Muchos de los aspirantes podían aborrecer la pregunta, pe-



ro suelen ser tan generosos que se la han hecho a todos los que se prestan a oír-la.

Sabemos de directores que por toda respuesta le han soltado al futuro Valentino—cuando de niños guapos se trata:

—¡Sí, es usted fotogénico; pero, por Dios, cubra usted las formas!

Charlie se alimenta de cocos

Sidney Chaplin, que ha hecho un cruceo por el Japón con su hermano Charlie, ha dirigido a Boris Efevinoff, su representante en Europa, una carta en la que le dice:

«...Es imposible describir el entusiasmo con que ha sido acogido Charlie a su llegada a Colombo. Millares de personas de todas las edades y de todas las nacionalidades se amontonaban en el camino y le aclamaban frenéticamente. No obstante, pronto abandonamos Colombo para trasladarnos a Candia. En un auto rápido y confortable hemos recorrido un país maravilloso, bajo la clara luna de los trópicos. Por doquier encontrábamos indígenas, que saludaban con los grandes gestos rituales, expresando su alegría por gritos que no pude comprender. En Candia, las personalidades de la población habían organizado una grandiosa fiesta en el hotel, durante la cuales pudimos admirar las danzas religiosas, ejecutadas por los «Doce Demonios Danzantes». Después, a medianoche, dimos en coche la vuelta al lago, seguidos de una multitud que corría tras del automóvil, gesticulando y gritando su alegría. Cuando

al fin, muertos de hambre y de fatiga, nos sentamos a la mesa para cenar, una generación inmensa se apretujaba contra las ventanas para «ver comer a Charlie».

«He de decirles que esta escena en varios episodios era del todo encantadora y que Charlie se mostró muy conmovido por las innumerables atenciones de que fué objeto.»

«Al día siguiente recorrimos todas las plantaciones de té y diversos lugares pintorescos de los alrededores. Después regresamos a Colombo, pues la salida del «Suwa Maru» estaba anunciada para las cuatro. No sé en virtud de qué indiscreción nuestra partida, que queríamos fuese un secreto, había sido divulgada, pues al llegar al embarcadero del vapor, quedamos literalmente sumergidos en medio de una multitud que manifestaba de un modo alegre y estrepitoso un entusiasmo delirante. Se hallaban presentes numerosas personalidades de la ciudad; batallones enteros de reporters fotográficos nos enfocaron con los objetivos de sus cámaras, implacablemente.»

«Después, la sirena anunciaba la partida del buque y los invitados del capitán volvían a tierra.»

«Ahora descansamos. Singapur está a la vista, y Charlie, con un antejo de larga vista,



admira el maravilloso paisaje que se desarrolla en torno de él. Espera con impaciencia el momento de acercarse a él y pasa sus ocios pintando las islas tropicales y los arrecifes coralíferos.

«Desde nuestra partida de Colombo, nos alimentamos exclusivamente de nueces, de cocos y de piñas. Charlie consume una cantidad inverosímil de ellas, una cantidad que bastaría para alimentar un regimiento.»

«Pronto daré otras noticias. —Syd.»

Lo compadecemos. La popularidad que es, desde luego, halagadora, tiene también sus inconvenientes. Porque un hombre puede «atrascarse» de cocos y de piñas; pero, ¡caray!, sin testigos.

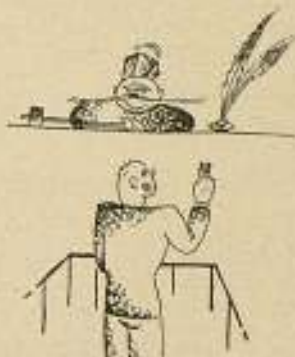
El testigo mudo

Greta Nissen, la rubia y simpática estrella de la Fox, ha contraído matrimonio con Weldon Heyburn, que también ha intervenido en varias películas de dicha casa.

La más reciente película de

Greta Nissen es «El testigo mudo», que ha poco ha concluido de filmar en los estudios de la Fox en Movietone City. En dicha película la secunda el formidable actor Lionel Atwill, y Weldon Heyburn también desempeña un papel de importancia en la misma.

Se sabe que Greta, encariñada con el título de su última producción, exigió a Weldon Heyburn que uno de los testigos de su boda fuese mudo.



Weldon, aunque se avino a esta condición, opina que en estos casos sobran los testigos mudos y sonoros.

Para no tener que cantar, como en la clásica zarzuela española:

«Mudo testigo de mis amores!...»

Un perro con suerte

El cinema ha venido a demostrar la poca lógica de muchos dichos populares.

¿Quién no ha dicho alguna vez, refiriéndose a una persona desgraciada, que tiene una suerte perra, o que lleva una vida de perros?

Pues aquí tenemos a un can feo y peludo, de raza mestiza, que adquirió Tony Compañero por tres dólares.

Este chucho, que no es un Rodolfo Valentino entre sus semejantes, lo contrató Samuel



Goldwyn para que apareciese en «La calle», el gran film de King Vidor.

A otros perros los hemos visto acariciados y besados por damas tan elegantes y hermosas, que nos han causado envidia.

¿Para que nos fiemos de dichos populares!

(Dibujos de Lee)



nes. Es—perdónese me el atrevimiento—como un fino caballo de carreras, que puede llegar a la meta sin ayuda del «jockey». No sabemos si Goulding es un hombre galante. Tampoco sabemos lo que la «estrella» sueca pensará de estas declaraciones, porque, ¡cualquiera adivina lo que piensa la Garbo!

NOMBRES OLVIDADOS

II

Betty Amann.—Betty Amann se aparece siempre a nuestra imaginación tal como la vimos por última vez en «Asfalto»: enlutada, delgada, estilizada, con unos ojos extraordinariamente grandes, que parecen sorprendidos de hallarse en aquel rostro de niña apenas asomada al mundo; unas largas melenas aureolando un rostro ingenuo, negros el cabello y el vestido.

Aparece ante nosotros siempre como una desheredada de la vida, como una mujer maltratada por la vida, que ya no tiene secretos para ella, y lo que es para otras camino lleno de flores, con un feliz desenlace, es para ella un camino lleno de abrojos y espinas, con un inquietante terminar.

Karl.—Incógnito artista para mí y para todos; muy pocos saben su nombre; a pesar mío lo ignoro; sólo sé de él que es un actor del teatro nacional de Praga, y que trabajó maravillosamente en la cinta «Entre sábado y domingo».

Sabemos de él que trabajaba en un piano gigantesco, en una linotipia, que era bueno, honrado; ingenuo, en su bondad; cándido, en su honradez; era el hombre de la gran ciudad que supo resistir su veneno.

Marga.—Sabemos de ésta lo que del anterior; los mismos datos, la misma cinta, la misma maravillosa interpretación.

Es la mujer de la gran ciudad que supo resistir su veneno.

Fritz Kampers.—Aquí nuestro entusiasmo se desbordó.

Lo hemos visto muchas, muchísimas veces; siempre era un asistente o un sargento; siempre velamos con Harry Liedtke en sus infinitas hazañas mujeriegas ejerciendo de Ciutti teutón; nos causaba inefable alegría el ver reflejarse en el lienzo su bonachón rostro; reíamos de sus apuros y, a pesar de ello, le admirábamos profundamente. ¿Por qué?

Tal vez atine a decirlo. A pesar de los papeles oscuros que interpretaba, se observaba un finísimo humorismo en su persona, humorismo tanto más notable cuanto que representa el tipo del alemán cachazudo, constante, machación en todas sus cosas, pero, no obstante, admirable.

Formaba antes de que lo descubriera, o mejor dicho, que lo elevara G. W. Pabst, parte de la inmensa legión de magníficos e incógnitos actores alemanes, de ese confuso montón de nombres de los cuales han salido, salen y saldrán los artistas de la posteridad, y que ya ahora, con sus pómulos salientes, con la expresión de inmensa energía tan propia de la raza, apagan con el fulgor de su inmenso arte y suprema fotogenia los débiles destellos de los galancetes yanquis que, a pesar de lo bien que bailan y de su perfecta ondulación, no podrán competir nunca con éstos, pues éstos son hombres y aquéllos son caricaturas de hombres, salvo casos aislados, como Kolher, Stone, Morris y varios más, muy pocos, entre la inmensa mayoría de actores (?) yanquis.

Pocos de esos aboyos podrán compararse con Fritz Kampers.

¿Quién podrá olvidar al bávaro de «Cuatro de infantería»?

Su rictus de espantoso dolor quedará marcado con letras de fuego en la historia del séptimo arte.

Por primera vez tuvo ocasión de desarrollar sus dotes de actor y, en efecto, realizó una labor que el mejor elogio que de ella

podemos decir es que igualó a la de Gustav Diessel.

Por primera vez en la vida trabajó en un asunto tan excepcional como aquél, tan amplio, y que si daba ocasiones de lucirse, era a costa de inmensos esfuerzos y maravillosa comprensión de su misión.

Repetidas veces le admiramos, y sentimos que el público no comprendiera el inmenso valor de aquel hombre, pero lo que al principio lamentamos luego nos congratulamos, pues si Kampers fuera famoso lo sería, no por su maravilloso arte, sino que por su manera de cantar o de besar. Y él es muy hombre, y para un hombre la vida tiene facetas muy diversas. No se reduce la misión de la existencia de un hombre a que un público de señoritas ociosas le aplaudan o le imiten.

Llegó «Carbón», y tanto interés tenía yo por la genial obra de Pabst como por verle andar con su paso torpe, reír con su enorme risa. Desde que salió a escena hubo entre nosotros una pugna entre Pabst y Kampers. Triunfó Pabst, es necesario reconocerlo, pero hay que reconocer que anteriormente venció Kampers, pero ayudado por «tres más».

Por muchos elogios, éstos serían mezquinos ante tan magnífico actor alemán; pero creo que los elogios más entusiastas dirigidos, son los míos; por lo menos en España. Y si algún día estas líneas llegaran a germanas tierras, que sean el mayor testimonio de admiración que un español entusiasta del cinema europeo pueda rendirle.

G. W. Pabst, con admirable conocimiento de su arte, va a rodar su nueva producción, «La Atlántida», con Fritz Kampers y Brigitte Helm de protagonistas. Creo que estos tres nombres son plena garantía de su éxito.

PEDRO SÁNCHEZ DIANA

Madrid.



CREMA DE ROSAS

TENTACION

El zumo de las rosas de nuestros jardines ha resuelto el problema de un maquillaje perfecto. Un solo producto como colorete para mejillas y labios conjuntamente: se obtiene así una tonalidad homogénea, discreta y atractiva, la más exacta a la belleza natural. Una sola aplicación para todo el día: resiste al sol, sudor, agua y viento.

Colorete Crema de Rosas "TENTACION"

Para cutis blanco y cutis moreno. Alimenta asimismo los tejidos cutáneos y labiales.

PERFUMERIA PARERA BADALONA





LEILA HYAMS
Actriz de la M.G.M.

DESDE
 PARÍS

Gina Manés.-La mujer fatal va a España por Amichatis

Los estudios Gaumont, de París, son como una enorme clínica llena de grandes salas de operaciones. Por todas partes letreros recomendando silencio. Cristalerías imponentes. Luces misteriosas. Cables que serpean. Silencio. En las antecámaras, todos los tipos patibularios que hemos visto haciendo de «hombres malos» en los films. Todos los viejos patriarcas. Todas las viejas campesinas. Todo los nobles y

mucho colorete. Ojos desmesuradamente abiertos. Sonrisa como fijada por el estuco. Son las chicas que han de aparecer en el cabaret, o en el restaurant, o en el taller de modista... Son las Greta Garbo de su hogar... Esperan... Pero la puerta de la gloria no se abre... Alguna, al verse en la pantalla, entre la comparsa bulliciosa, ha dicho: «¡Pero qué fea soy yo!...» Y es que no hay nada como el film—la foto sin reto-

de Orphea Film: Monsieur Lemoine, gerente, el inquieto realizador de «Napoleón»—el film de las tres pantallas—, entregado a la labor de preparar el viaje colectivo a España; monsieur Vacherot, más reposado, anotando cantidades; monsieur Clapier, que pedía comunicaciones telefónicas, y en su función de «regiseur» regañaba a los que no acudían a la cita.

En una galería cercana estalla un tumulto de risas, charloteos, gritos... Martillazos... Explosiones de magnesio.

—Es la «troupe»—dice Elias—. Es la alegría del próximo viaje... Ya que conoces el aspecto editorial de Orphea Film, la casa francesa que dirijo con Lemoine, ven y conocerás el material humano. Te presentaré a una mujer fatal.

Entro en el saloncillo de los tumultos.
 —¡Te presento a Gina Manés!

Gina Manés. Una mancha verde. Verde el traje y verdes los ojos. Absenta. Atrás, turba, fascina. Una sonrisa fresca, sana. Calma, serena, aníma. Una mano de dedos largos, delicados, fuertes. Cordial de amistad.

No voy a presentar a Gina Manés, la excesivamente conocida de todos los lectores. Gina Manés es «la mujer fatal». Me limitaré a decir mi ingenua impresión. Un hombre, ante una mujer fatal, tiembla por muy valiente que sea. Uno la ha visto tantas veces aniquilando vidas, domando corazones de fieras, sembrando la discordia en el hogar, haciendo que un banquero se quite la tapa de los sesos, que involuntariamente el recuerdo nos hace estremecer. En la literatura del cinema todavía no se ha escrito cómo debemos comportarnos los profanos ante las mujeres fatales; de ahí mi falta de preparación. Yo no sabía si decir:

—A mí no me fataliza usted... Por usted yo no me mato... Señora, me consta que acabará mal; dígame el fin que me tiene reservado... ¿El veneno?... ¿El puñal?... ¿El pistoletazo?... Acabemos pronto. Que sea corto mi cuarto de hora.

Tan intenso es el recuerdo del film ante estas mujeres, que no puede el profano al oficio substraerse a él. Además, cuando la realidad se hermana tanto a la visión, cuando los ojos verdes vistos en los carteles se quedan pequeños al ser comparados con los que los miran curiosos, no podemos creer que la mujer fatal que contemplamos pueda salir a la calle y tomar el tranvía.

Deseo decir algo, preguntar detalles de su vida. Pero todas las preguntas obedecen al ritmo preconcebido. Sólo se me ocurre:

—¿Cuántos hombres se han suicidado por usted?

—¿Le falta en la lista un torero?

—¿Quiere ir a navajazo limpio con una maja?

—¿Pretende que se mate algún ex ministro de la monarquía?

—¿Quiere usted que suba el precio de los venenos en España?

—¿Qué le han hecho los españoles para que vaya a martirizarlos?

—Tenga compasión. ¡Allí los hombres todos son padres de familia numerosa!

Yo querría no haber visto ninguna película de Gina Manés para alcanzar de ella una confesión ordenada e interesante. Gina Manés es una portada de cuento de Hoffman...

Afortunadamente, Paco Elias me saca de mi turbación:

—Charlita, el artista Charlita, esposo de Gina Manés.



La estrella Gina Manés, con su esposo, el artista Charlita— a su derecha— y nuestro colaborador Amichatis.

ricos banqueros o severos ministros que presiden los Consejos... Allí están todos los que tienen una «dote» interesante... Son los pordioseros del cinema que presentaron su «ficha» y esperan ser llamados. Parocen los enfermos que van a entrar en la clínica para que los operen. Separadas de ellos, una legión de muchachas bonitas. Mucho rimmel,

que—para decir a una mujer: «¡Usted es así y no como la Marlène!»

Paco Elias, el español que da más vueltas por el mundo que la manivela de una cámara, me guía por el dedalo de corredores. En un despacho me presenta los elementos

Un esposo es algo serio que corta las influencias de los films fatales. Me supongo el esposo: Un hombre de mirar hoso, receloso, brutal, como de aquel que ha sabido vencer el amor fatal sin suicidarse. No veo nada de eso. Charlia es un galán sonriente, simpático, que compone perfectamente al lado de Gina Manés.

—Yo conozco a muchos músicos españoles —me dice—: el violoncelista Quiroga, entre ellos... Yo era violinista... y no sé si volveré a serlo cuando el cine me rechace.

¡Un violinista!... El esposo de la mujer fatal, un hombre correcto capaz de hacer llorar los ojos verdes de la amada con la sonata de Toselli!...

La realidad vence al poema.

Gina Manés quedaba convertida en una señora respetable.

—¿Qué culpa tengo yo—dice Gina Manés—si los escenaristas se empeñan en mostrarme fatal a los ojos del público!... Yo soy una burguesita que no bebe ni vino, obedeciendo a la higiene, que tengo mi coche, mi casita en el campo, y unos deseos locos de ensanchar mi finca con bosques, ríos... ¡Tener un mundo tranquilo a mi alrededor!... Si yo fuera una artista a base de bluff, le diría: «¡Oh!... ¡Ni recuerdo las que se han matado por mí!... ¡En los films reflejo mi alma perversa!... ¡Siento lo morboso!... ¡El crimen!... ¡El misterio!... ¡Lo subconsciente!... Pero yo no soy así... Soy una artista francesa, que trabajo años y años para hacerme un nombre, que adoro a mi marido y que trabajaré con mucha fe y entusiasmo en todos los «roles» más o menos

fatales que el amigo ¡Elias me confie, ¡Respiro!

—Tenía una ilusión—prosigue—. Conocer España. Allí tengo buenos amigos con los que trabajé en Berlín. La simpática pareja Rivelles-Ladrón de Guevara... Recibo infinidad de cartas de su país, leo su prensa y aprovecho esta ocasión para saludar a sus paisanos...

Ha pasado el susto. Con Gina Manés discute su modista, Cánovas, el dibujante español, dictador de la moda en Francia, aconseja. Van entrando más artistas para recoger sus pasaportes. Paco Elías en un instante me suelta sus proyectos taquigráficamente:

—Voy a España a hacer películas... No voy a sentar cátedra de nada... Hemos alquilado un palacio en la Exposición de Barcelona para convertirlo en galería... Llevo un camión de sonido que dirigirá el ingeniero Guillén García... Encontré en Francia lo que en España no se me ofreció nunca: dinero... La primera película será en francés... Trabajaré en todos los idiomas... menos en el inglés... Ya te hablaré un día de la situación que debe adoptar España frente a la cinematografía de América... Cuando se convengan que hago algo supongo que se confiará en mí el capital español... Me llevo a Gina Manés, Moussa, la cantante estatuaria; Charlia, Taeni, Claire... Operadores... Material y una cantidad inagotable de energía... Voy a trabajar... Empiezo a rodar el cinco de mayo...

Y me vuelve la espalda. Está velando las



Nadie,
ni aún usted misma
notará que está
herniada, si usa el
cómodo, ligero y
diminuto aparato

HERNIUS

(patentado)
Modelo especial
para niños.

Gabinete
Ortopédico

HERNIUS

(Salvación del herniado)

Avda. 277 entre 2ª y 3ª 16850

BARCELONA

armas para la gran lucha. Que tenga más suerte que el buen hidalgo y no encuentre bellacos en su camino que se rían de él y le agaleen. Que la envidia ceda el paso a la ayuda y la comprensión. Ya es hora de que por el mundo se proyecten películas «Made en España».

¡A ver si es Elias el profeta!

París, abril 1932.



Gina
Manés ante
el escenario de
Paco Elías, que
debe interpre-
tar en Barce-
lona.

El fin de los artistas de cine

por ARTURO CASINOS GUILLÉN

Si en ningún género de duda, el cine es el arte que más atrae y fascina a la juventud de nuestro siglo. De tal modo se ha apoderado de todos sus pensamientos, de tal forma ha arraigado en sus corazones el deseo de verse reflejados en el lienzo de plata, cortina por la cual desfilan desde las más inverosímiles y

deliciosas fantasías, hasta los más horribles dramas, fielmente arrancados de la vida humana, con todas sus bajas pasiones: los celos, odios, rencores, traiciones, amores impuros, crímenes, que difícilmente creo haya alguien, y muy especialmente entre vosotras, simpáticas lectoras, pues



Charles
Rogers

Eleanor
Boardman



P1276-59

a pesar de estar en pleno siglo xx y de teneros por jóvenes muy a la moderna, estáis todavía poseídas de cierto romanticismo. El cine es eso: puro romanticismo, que no suéte con llegar a ser una famosa artista cinematográfica. ¡Bello sueño!. ¿verdad?, simpática lectora.

Esta enorme pasión, mejor dicho, fanatismo,

que las masas juveniles sienten por el cinema, bajaría considerablemente —esto no quiero decir que llegara a perderse la afición a dicho espectáculo— si fuese visto, desde sus dos más distanciados tópicos: el comienzo y el final de la carrera como artista cinematográfico.

Si se detuviesen todos los que sueñan, ellos, con ser apuestos galanes, y ellas, excelentes ingenuas las unas, terribles vampiresas las otras, a examinar detenida y minuciosamente ambos extremos, se convencerían la mayoría, por no decir todos, de que no merecía la pena de sacrificarse, y a veces hasta abandonar sus propios hogares para lanzarse a tamañas aventuras.

Pero por circunstancias, en cierto modo inexplicables, no sucede así.

Solamente ven, solamente comprenden que tienen que sufrir una larga serie de privaciones, que tienen que vencer innumerables obstáculos antes de lograr un puesto destacado en el cinema. Antes de ser estrellas.

• popular film •

sabe si a estas horas todavía andaría confundido entre la multitud de «extras» que pueblan los estudios.

Tal vez, ahora, ellos piensen y digan: «¡Más me hubiera valido, porque de este modo seguiría alentando tan bella esperanza, en vez de haber sufrido tan enorme desengaño!»

Y es verdad. El golpe que se recibe es mortal. Que hayas alcanzado, por fin, lo que tanto ambicionabas; el ser «estrella», y ahora que lo eres, ahora que ya empezabas a sa-

borear las mieles del triunfo y tu nombre se hacía famoso recorriendo hasta los más apartados rincones del mundo, notas que de pronto, ante tus pies, se abre una profunda sima, y no sabiendo de dónde asirte, en vertiginosa carrera vas a sepultarte en aquel negro

abismo del que no has de surgir jamás.

He aquí la recompensa que reciben a cambio de sus numerosos sacrificios, ¡El olvido, el desprecio de los que, pocos momentos antes, te aclamaban y vitoreaban con verdadero entusiasmo.

Este es el caso de la mayoría de los artistas.

Es el caso de Eleanor Boardman, la actriz de modales blandos y finos. De cuerpo escultural. Tez blanca y suave. Ojos verdes, profundos, soñadores. Labios volup-

tuosos que al entreabrirse dejan ver unos dientes diminutos y blancos como la carne del lirio. Es el caso de Anita Page, la deliciosa ingenua de dorados cabellos. Ojos negros y expresivos, boca ligeramente pequeña, de labios voluptuosos. Es el caso de John Gilbert, el galán más completo que ha desfilado por la pantalla, el eterno galán de Greta Garbo en todas sus producciones, el actor de los besos pasionales. Es, lectora, amada, tu caso, si llega a realizarse ese bello sueño que te consume y te roba largas horas de reposo.



John Gilbert

«Estrella»! He aquí el nombre que de tal modo hace perder el sentido a los jóvenes de nuestro siglo. He aquí el nombre que en sus noches de insomnio se les aparece en medio de las tinieblas que envuelven su habitación. He aquí el nombre por el cual soportan, como verdaderos héroes, toda clase de privaciones y sacrificios.

«Estrella!» ¡Qué les importa a ellos todo ese largo período de incesantes luchas, de privaciones, de fracasos, si logran alcanzar, por fin, tan codiciado título!

¡Pobres soñadores! No comprenden que esa gloria es efímera. No comprenden que esa aureola de que están constantemente rodeados cuando han alcanzado tan elevados puestos, desaparece, se esfuma rápidamente, a semejanza de las inmensas nubes que recorren

el espacio, al más leve soplo.

¡Pobres ilusos! No se dan cuenta que esa fama que han logrado alcanzar

a fuerza de improbables trabajos es de vida relativamente corta.

Ahí tienen, recientes todavía, los ejemplos de Anita Page, Eleanor Boardman, Bébé Daniels, Renee Adorée, Dorothy Sebastian, John Gilbert, Conrad Nagel, Nils Asther, Charles Rogers... y otros muchos.

Casi todos ellos lograron llegar al pináculo de la fama después de varios años de incesantes luchas, y a no haberles favorecido la suerte, quién



Leila Hyams

**VIDA
 DEL BRUTO**
GEORGE BANCROFT

 por
RAFAEL GIL

(Continuación)

Mientras tanto, el bruto desayuna tranquilamente en la taberna. Partirá dentro de dos horas.

Un tiro.

Se levanta sobresaltado. Ha sonado arriba. Tal vez en el cuarto de ella. De su mujer. ¡Porque está casado!

Un remolino de gente intercepta la escalera. Cuando cree haber traspasado la muralla humana, tiene que dar el paso libre a unos guardias. Y a una camilla.

¿Quién será el herido? ¿O el muerto?

Total: que no ha sido nada. El muerto es el marido de la compañera rubia. Se cansó su mujer de él, le vió en el cuarto de la otra, y le largó un tiro. Nada.

—No me gustan las despedidas. Pero...

Te he dejado dinero. Tal vez, si vuelvo a pasar por aquí, vendré a estar un rato contigo.

—Gracias, hombre...

—Bueno. ¡Adiós!

Al salir se engancha no sé dónde y se le desgarra un bolsillo.

—Yo te lo coseré; espera un momento.

Y mientras la aguja traspasa la tela de la burda camisa, unas lágrimas, mal contenidas, se asoman suplicantes en unos ojos.

El va hacia el mar.

Ella está obsesionada por el agua. Tal vez tendrá que acogerse en ella.

Otra vez las calderas. Otra vez con la pala en la mano amontonando carbón sin descanso.

—Tú, aquí se viene a trabajar! ¡Deja los pitillos para luego!

Un oficialillo le ha dirigido estas palabras.

Esto es insoportable. Venirle a él con esas cosas. ¡Nada menos que a él!

Un hombre que tiene un hogar, con una mujer a la que puede mandar, no tiene necesidad de aguantar tanto. Hará lo que le salga en gana.

Arroja la pala con ira en un rincón, sube presuroso la escalera y, una vez en cubierta, se precipita al mar.

Nada, y a los pocos minutos está otra vez en la taberna del muelle, preguntando por ella.

No está. Según le dicen, se la llevaron

deterida. La acusan de robar el traje que llevaba puesto.

Busca la Comisaría, y en el momento de entrar oye estas palabras:

—Tres meses de cárcel!

—Ella no es culpable! ¡Fui yo!

—Tres meses de cárcel!

—Tres meses de cárcel. No te importe. Vine por ti. Saldré. Es, como ves, poco tiempo. Un viaje muy corto.

Hasta aquí nos lo contó Von Sternberg. Como es tan caprichoso cortó la narración por donde quiso.

Pero yo sé más... él también lo sabe, pero no os lo ha querido decir—y pienso contaros por ser importantísimo en su biografía. Fue decisivo para su vida.

Hasta entonces Bancroft fue solamente un bruto, y a raíz de este robo tan insignificante, George fue un bandido.

Sternberg ya nos había contado varias cosas de Bancroft bandido; pero nos lo decía de un modo muy arbitrario. Sin orden ninguno, anteponiendo los sucesos.

Ya los ordenaré un poco.

Para Sternberg, antes que marino fue bandido. Y no es así. La historia demuestra lo contrario.

Ya lo estáis viendo.

IV

Intermedio en un penal

El presidio de «...», en Nueva York, es algo imponente. Inmenso rectángulo gris, en el que se alinean paralelamente diminutas ventanas, surcadas por gruesos barrotes.

Pero más imponente aún es el interior. Laberintos de hierro, puertas de seguridad, largos corredores, en cuyos rincones atisban impacientes los ojos mortíferos de las ametralladoras.

Y luego el silencio.

Más que cárcel, parece cementerio; más que celdas, semejan nichos; más que hombres, son cadáveres.

El silencio, por un momento, se ha roto; ha chirriado una puerta, luego otra y otra, y unos pasos vigorosos han retumbado en el ambiente.

Los reclusos asoman sus peladas cabezas entre las rejas; quieren ver a su nuevo compañero.

Este es un hombre fornido, de cabellera enmarañada y mirada penetrante. Anda a zancadas y observa indiferente todo lo que le rodea.

¡Allá!, así al final del corredor, está su celda. Un chasquido de hierro. Y nada más.

Otra vez la quietud, el silencio.

Ya terminaron su trabajo. Dentro de media hora sonará la campana anunciadora del maná: de un rancho agudo y repugnante.

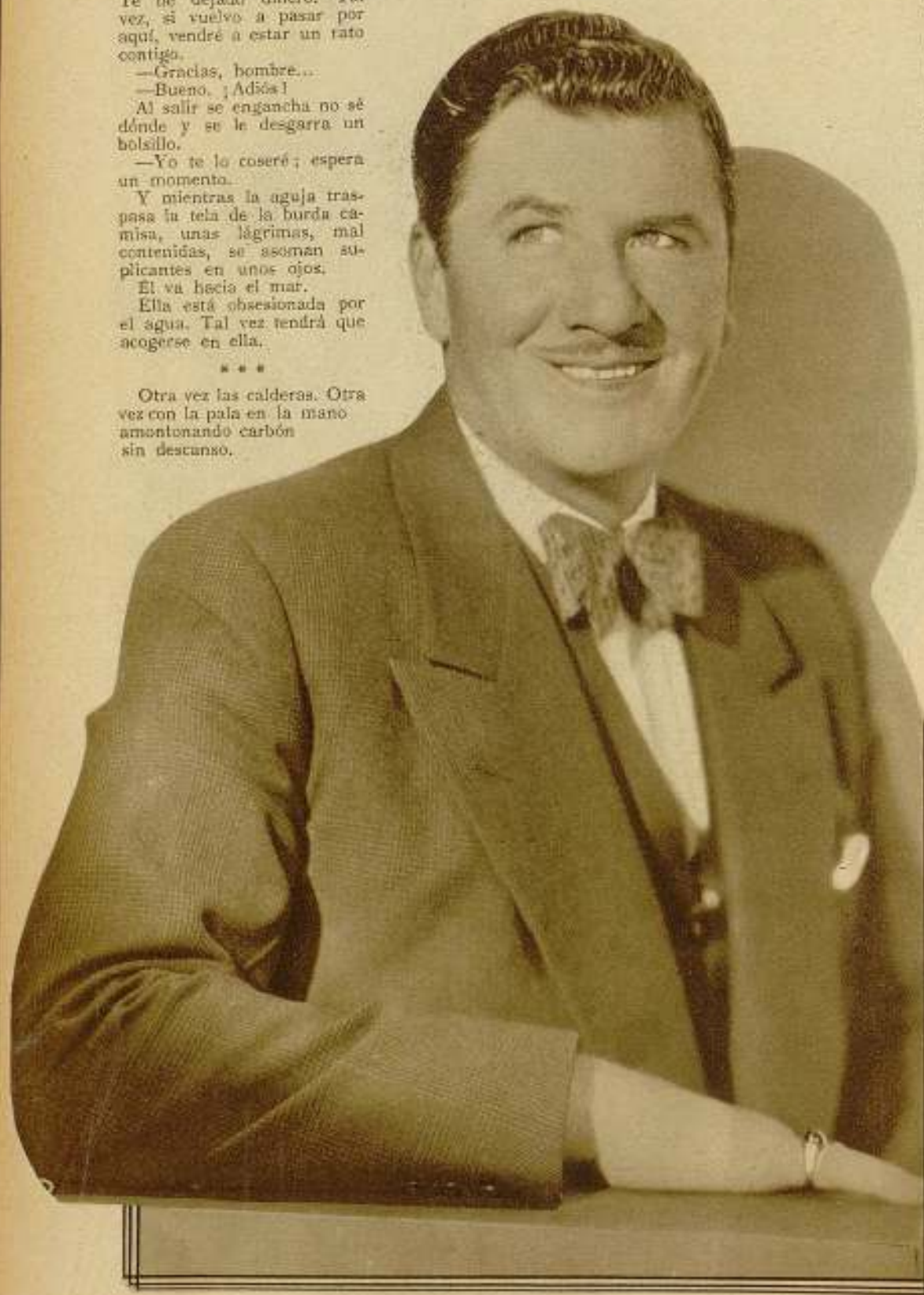
Pasean, custodiados desde arriba, por el «tracata» de la muerte, en el amplio patio del cuartel.

Hablan despacio, con voz apagada, triste.

En uno de los muchos coerrillos que hay esparcidos por las losas, está el hombre fornido, de enmarañados cabellos, que el día anterior ingresó en el penal.

No parece un novato. Cualquiera creería que pasó su vida en las cárceles, y que los reclusos fueron amigos de su infancia. La familiaridad con que los trata eso hace pensar.

—Fuiste tonto, George; ya que culpáron a ella podías haberte librado.



—Sí; ahora me pesa. Pero, después de todo, aquí no se está muy mal.

—No opinarás eso cuando lleves más tiempo.

—No llegaré a cansarme. Solamente son tres meses. ¿Y tú?

—Cuatro años.

—¿Qué hiciste?

—Robar.

—¿El qué?

—Poca cosa. Asaltamos un Banco. Salí bastante bien. No hubo que matar a nadie. Si no hubiera sido por el chivato de John, estaría yo ahora en Reno con mi chica.

—¿Y tú, Ton?

—Ocho años.

—¿También por robar?

—También; pero tuve que eliminar a uno, a un guardia. Luego lo sentí. Tenta mujer e hijos.

—¿Y qué haréis al salir de aquí?

—Lo que tú: robar.

—¿Ya no pienso hacerlo!

—No tendrás más remedio. ¿Tú crees que te darán trabajo? ¡No te hagas ilusiones! Tres meses en «...» no es ninguna recomendación. Y, además, todo el mundo roba. Pero como la humanidad es muy hipócrita, predica y castiga lo que hace todos los días. ¡Cuántos jueces debían juzgarse a ellos mismos!

—¿Y la vida del bandido es buena?

—¡Inmejorable! Es el oficio de los hombres. Vivimos jugando la vida y haciendo nuestra voluntad. Es una anarquía deliciosa. Tú sirves para ello; tienes facha. Cuando salgas, si quieres, te recomendaré a unos amigos. Ellos te meterán en algún negocio.

Al reloj de la vida le falta cuerda. Y las horas se suceden lentamente, con monotonía de plomo.

En George se ha operado un cambio radical. El nunca había pensado. Aturdido por el presente, nunca se ocupó de analizarlo ni de mirar al futuro.

Ahora, él solo en la celda, se ha reconcentrado en su cerebro.

Piensa: piensa en el mundo, en la vida, en todo.

Desfilan ante él, en excitante carrera, todo su pasado, toda su vida anterior.

Ve cuán injusta es la humanidad. No puede comprender como hay hombres que subieron tan alto, que tienen poder sobre él, que pueden hacer con su cuerpo lo que quieren: encerrarlo en un calabozo, arrojarlo a la calle o sentarlo en una silla eléctrica.

Él es hombre. Todos los hombres son como él. No tienen derecho alguno sobre su persona.

¿Y por qué mandan en él?

Eso se acabó. Él, desde ahora, hará lo que quiera, mandará en su persona.

Hay que empezar; pero...

El saldrá de la cárcel, pero no puede, le es imposible. Tiene que esperar...

Pero en cuanto las puertas de la prisión se abran se erigirá como tormento de la humanidad. Castigaré al mundo.

¿Cómo?

Igual que Ton, igual que Franklin: será un bandido.

La pistola en una mano, y en la otra el puño cerrado.

Ya no mandarán en él; solamente podrán dictar en contra suya una sentencia: la de muerte.

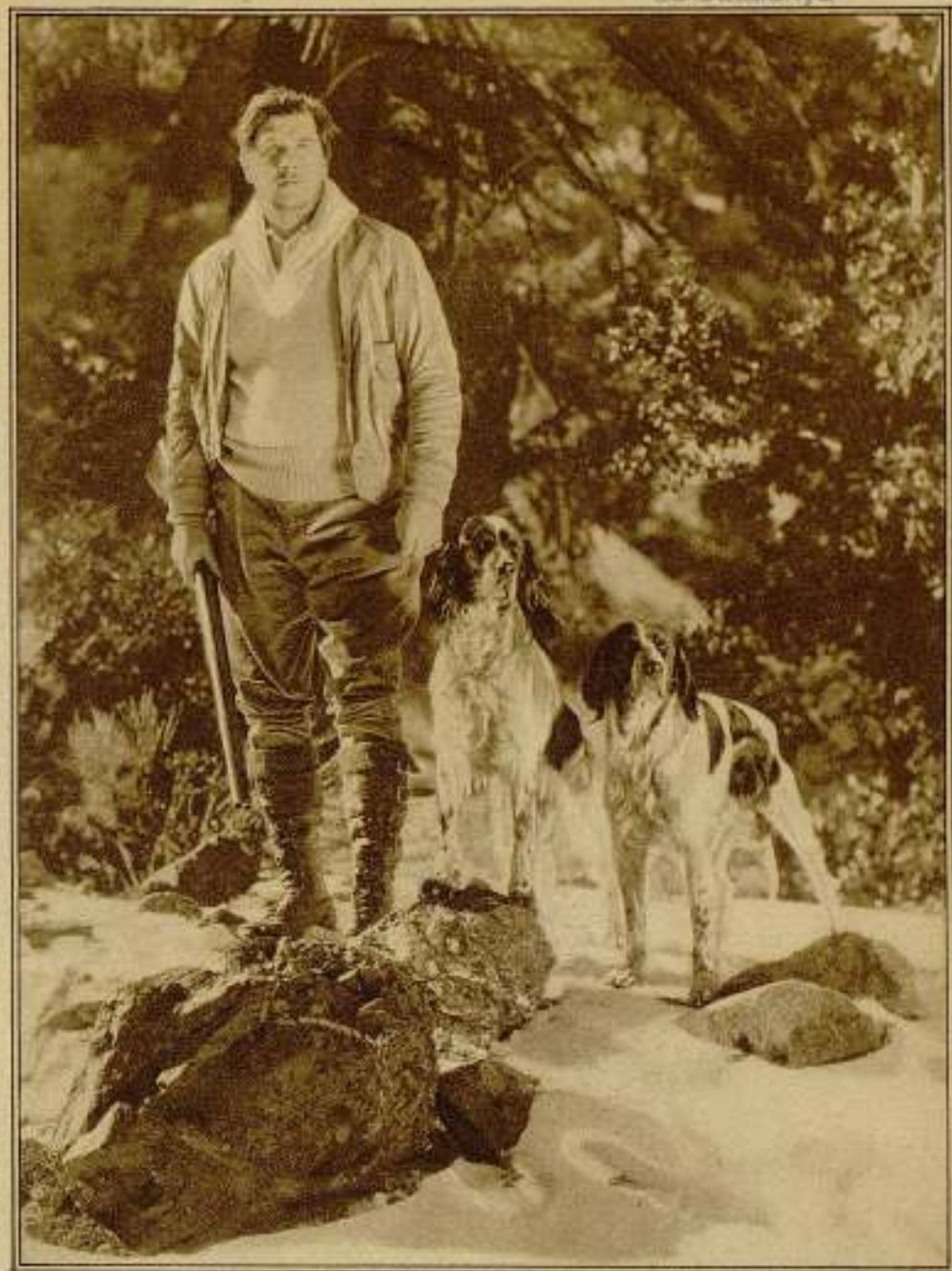
Y al día siguiente, al cruzarse con Ton, le lanzó estas palabras:

—Oye, Ton; no me olvides! Dentro de ocho días me marchó, quiero que me recomiendes a tus amigos. Una carta es bastante.

V

Un hecho

Está todo preparado. Verdaderamente son muy buenos chicos. Slim, bastante bruto; pero es que no hay más remedio que imponerse; si no nada se hace. Eduardo no tiene cerebro; pero su pistola no falla un



tiro, y Elena, además de guapa, reparte entre todos sus caricias.

Se le espera un buen debut. Va al trabajo tranquilo, confiado, con la seguridad de que nada ha de ocurrirle. El plan está admirablemente trazado.

Elena les espera en la esquina con el coche. Eduardo hará de paseante nocturno alrededor de la manzana, y Slim y él, tranquilamente, saltarán la ventana y, a los pocos momentos saldrán repietos de dollars. ¡No está mal!

Con unos cuantos golpes así abandonará a sus compañeros y trabajará por su cuenta. Lo que él desea es no depender de nadie. Solo, con unos cuantos amigos de confianza, no se hará más que su voluntad.

Luego se buscará una buena mujer. No una chiquilla raquítica, como la que dejó en el tabernucho de los muelles.

Ya se oyó la señal. Un silbido de Eduardo. Hay campo libre.

Un saltito, y ya están dentro.

La linterna husmea por los rincones.

¡Ya! La caja de seguridad está bajo ese cuadrado diminuto que levanta Slim. Aprieta un botón y salta un pequeño cajoncito.

Sobresalto. Se ha oído un ruido. Y unos pasos.

—¿Estás preparado, George?

—¡Sí!

—¡Dispara si es alguien!

Un hilo de luz se ha dibujado en la pared que, poco a poco, se ha convertido en una

franja luminosa en la que se siluetea una sombra.

Dos destellos de luz y dos fogonazos.

Un grito, y entre el humo dos hombres saltan una ventana.

Corren precipitadamente.

Montan en un auto. El de Elena. Bajan las cortinillas y se pierden en las sombras de la avenida solitaria.

—¿Cuánto ha sido?

—Todo. ¡Lo menos diez mil dollars!

—No está mal. ¡Para lo que nos ha costado!

—¿Nada! Total un hombre. ¿Y eso qué es?—dijo George.

VI

Pasión y muerte

La suerte influye poderosamente en todo. Hasta en la vida de un bandido. Es un factor tan importante, que cuando se carece de él hay motivos suficientes para desesperarse.

Los bandidos precisan siempre de la suerte. Pero mucho más en sus primeros pasos, en las primeras fases de su vida.

Si el primer robo o el primer crimen es descubierto por la policía, y ésta da con su autor, ya está deshecha una vida. Veinte o treinta años en cualquier penal convierten

(Continúa en "Informaciones")

Los grandes films de la
temporada.



Filmoteca
de Catalunya

La Ufa presenta la actual temporada una opereta
titulada:

ESTUDIANTES

bajo la experta di-
rección del gran
animador
K a r l



Hark, maestro en este
género y teniendo
como intérpretes
principales a la
bellísima dama
Betty Bird, al
famoso galán
cantante Willy
Forst y al no-
table actor
Hans Bran-
senter.

COCINEROS DE REYES

por CARMEN DE PINILLOS

El príncipe Alexis, heredero del trono de todas las Rusias, se agitaba inquieto en su lecho. El zar, la zarina y las princesas, sus hermanas, le contemplaban angustiados, cruzando miradas temerosas e interrogadoras.

Esto ocurría algunos años a. L. (antes de Lenin), en el suntuoso palacio de los Romanoff en San Petersburgo.

Ivan Afdeef, individuo corpulento y de grandes bigotes, me describía la escena en la cocina de un restaurante en Hollywood... algunos años d. L.

«Adoraban todos al pequeño príncipe y lo mimaban más de la cuenta—explica Afdeef—. Durante los muchos años que serví al zar Nicolás en calidad de «chef», nunca pasó día sin que alguno de los miembros de la familia imperial me pidiese cierta golosina favorita: una pieza de pollo, una tarta, un «palís»... Para qué lo querían, nunca me lo dijeron; pero pronto lo sabía yo al enterarme de que el príncipe heredero sufría de indigestión por haber comido demasiado.»

El zar ha muerto. Alexis no existe. Las joyas de la corona imperial se venden en pública subasta. En esa inmensa tierra que la familia Romanoff dominara por tantos siglos, no queda vivo uno solo de sus miembros. Algunos de ellos andan desperdigados por el mundo, entregados a diversas tareas, que un príncipe o un duque jamás soñara en desempeñar.

Hoy el cocinero de los zares prepara «borscho» y otros platos rusos en una antigua casa de las afueras de Hollywood, convertida en fonda. Sirve allí a hombres de negocios, a gente de sociedad y a celebridades de la pantalla, tales como Joan Crawford,

Clark Gable, Marie Dressler y otros, ciertas golosinas cuyo origen se remonta a los días en que deleitaran el paladar de los soberanos en el palacio de Tsarce-Selo.

Afdeef es uno de los muchos «chefs» que en otro tiempo sirvieron a reyes, duques y generales de gran renombre.

Su buena suerte le permitió unirse al ejército de Denikin y más tarde escaparse de Rusia. Unos cuantos dijos de oro, regalo del zar, de la gran duquesa Marie y otras personas de la familia real, es todo lo que conserva de sus tiempos de gran cocinero de todas las Rusias: eso, y sus reminiscencias.

Noetzi, otro antiguo «chef» de una larga lista de personajes de la aristocracia británica, es un suizo de imponente estampa y ojos vivos, que está ahora a cargo de las cocinas del inmenso restaurante de los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, donde acuden frecuentemente muchas de las estrellas: la Garbo, Marion Davies, Robert Montgomery, Joan Crawford, Wallace Berry, Marie Dressler, etc.

Hablando del tiempo en que atendía a las aficiones gastronómicas del rey Jorge V de Inglaterra, musitaba:

«El rey era un verdadero epicuro. Entre sus platos favoritos figuraban las perdices y los huevos de ave fría...»

Cuenta asimismo una curiosa anécdota de cuando era cocinero en el Hotel Cecil, de Londres. Cierta día vino a buscarlo muy excitado el mayordomo del hotel, preguntándole cómo podrían satisfacer a lord Kitchener, que cenaba aquella noche en uno de los comedores privados. Lord Kitchener era muy aficionado al salmón, pero insistía en que nadie sabía prepararlo correctamente. Noetzi sugirió cierto método especial de hervirlo, agregándole luego una salsa de su invención. Hizose la prueba, sirvieron a Kitchener el salmón en esta forma, ¡y se salvó el día!

Nos dijo también algo de Lloyd George:

«El ex primer ministro tenía la costumbre de ofrecer una comida semanal a los miembros del Gabinete. Era regla establecida, sin embargo, que nadie hablase de asuntos políticos hasta pasada media hora después de la cena, cuando se repartían los puros. El gran estadista sufría de indigestiones, y rodeaba sus comidas de toda clase de precauciones mentales y culinarias...»



Marion Davies

Cuando Noetzi estuvo en Berlín, sirvió también en calidad de «chef» al príncipe heredero de Alemania, internacionalmente famoso como gastrónomo.

Y luego tenemos a Taidichi Kato, que fue durante cuatro años «chef» en la cocina del Mikado.

A Kato fue a quien acudió Louis B. Mayer para que preparase el complicado banquete que ofreció hace algunos meses al heredero japonés del trono, el príncipe Takamatsu. Otros altos funcionarios del Estado y de la Magistratura que se contaban entre los invitados, jamás olvidarán «aquel» almuerzo. ¡Allí fue donde la gente occidental, acostumbrada a banquetes de alta sociedad, se aturdió y se vió acometida de pó-

Joan
Crawford

TÓNICO ASTRINGENTE "TEJERO"



Endurece los senos, vigoriza las carnes flacas, hace desaparecer la adiposidad (gordura o exceso de grasa) y el doble mentón (papada) sin dejar arrugas en la piel.

VENTA EN FARMACIAS - BARCELONA

Se lo encontrará en su localidad, solicítalo a
LABORATORIO E INSTITUTO DE BELLEZA TEJERO - Correo 813

nica, tratando de imitar al príncipe Federico y a su consorte en el gracioso manejo de los pallos orientales?

Kato, lo mismo que su colega ruso Af-deel, no habla el inglés. Por medio de un intérprete, Kuroda, que se titula a sí mismo un «cronista retirado» (¡qué paradoja!), conversamos una tarde en un cuarto aislado de su restaurante, cuando casi todos los parroquianos se habían marchado.

De edad mediana, con el cabello que le empieza a encanecer, Kato llevaba puesto un delantal sobre sus vestidos modernos. Su aspecto era muy distinto del mozalbete aprendiz de cocinero que nos describía vistiendo el tradicional kimono, y más tarde en diferente indumentaria, según ascendía en las filas de los artistas culinarios del Mikado.

«Nuestros días más importantes eran los miércoles, en que el Mikado daba un banquete a los altos funcionarios civiles de la capital y las provincias. Reunidos todos, nadie probaba un bocado hasta la llegada de Mutsobito, el padre del actual Mikado. Todos los presentes se levantaban entonces con precisión militar y hacían el «sai-kerei» (profundo homenaje). Era un espectáculo admirable. Durante la semana se daban otras comidas en comedores más pequeños a los amigos personales y jefes del ejército o de la marina; pero el banquete de los miércoles era el más importante desde el punto de vista de la cocina imperial.»

Caudillo mucho más espartano, gastronómicamente hablando, era el extinto mariscal Joffre, a cuyo servicio estuvo por algún tiempo René Murrot, hoy cocinero personal de Irving Thalberg y sus asociados en los estudios.

«El general Joffre nunca me permitió preparar una comida para Clemen-

tau, Pershing o cualquier otro estadista o caudillo militar, hasta que le hubiera mostrado el menú del día para algún típico regimiento francés. Entonces me ordenaba una comida exactamente de acuerdo con tal menú. Joffre y Foch tenían gustos extremadamente sencillos. Los menús del regimiento no daban por cierto mucha amplitud para demostrar su habilidad a ningún cocinero que se gloriasse en su profesión...»

Ivy y Harry Wilson, escritores en Hollywood, relataban últimamente cómo Henry Kublman, ahora en el café del estudio R. K. O., describía en su alemán precipitado la consternación que reinaba en las cocinas de Postdam cuando el Kaiser, desdiciendo un menú perfectamente meditado para algún importante banquete, insistía en su plato favorito de carne cocida y patatas!

Todos estos antiguos cocineros de familias reales hacen comentarios interesantes acerca de las tendencias gastronómicas de Hollywood. Dicen que las estrellas son demasiado «cuidadosas» con su alimentación. «Es muy difícil introducir los platos japoneses!» —lamentanse.

En realidad la única preparación que se atreven a probar es el «gulci-yakio», rebanadas muy finas de carne cocida de vaca acompañadas de hortalizas, algas, bambú, etc. Es el plato que se acerca más a la cocina occidental, a despecho de los exóticos accesorios y condimentos.

Hablando de hortalizas, será tal vez interesante saber que los rábanos, tan apreciados en la mesa occidental, solamente los come en el Japón la clase más miserable.

Y son también muy independientes estos cocineros de reyes. Si alguien critica demasiado los platos que presentan, son capaces de devolverle a usted su dinero y enseñarle la puerta.

No necesitan vivir en Hollywood. Tienen ofertas de los grandes hoteles de todo el mundo; pero allí se quedan, porque les agrada el lugar.

NOTAS DE HOLLYWOOD

UN verdadero arco iris de impermeables y capas de agua hizo su aparición en Hollywood durante las últimas pertinaces lluvias.

Frances Dee, por ejemplo, se resguardó de la lluvia con un impermeable azul.

Mariene Dietrich con uno verde.

Wynne Gibson afrontó el temporal de lluvia con un impermeable acor-deonado.

Travis Banto se propone decorar los muros de su elegante mansión de Hollywood, recientemente construida personalmente.



Wallace Beery

MARY PICKFORD, LA VENTUROSOSA

UNA nueva Mary Pickford llegó poco ha a Nueva York, una Mary Pickford completamente distinta de la que sus íntimos amigos habían conocido durante varios años. Es una Mary Pickford que por vez primera en su carrera ha aprendido a reír y divertirse, que de pronto ha dado con el secreto de desprenderse de su pesado manto de responsabilidad mientras se halla lejos de los estudios.

La popular estrella se ha convertido en una joven venturosa que encuentra en la vida más cosas de que reír, que motivos de ponerse seria. Cada día se hallan nuevas fuentes de diversión, y la menuda artista puede ser vista a cualquier hora del día entrando y saliendo de las tiendas, paseando por la ciudad y viendo lo más interesante de ésta o tomando el té con sus amigos en lugares apartados. Por la noche acude a los teatros, una fuente constante de diversión.

El cambio se hizo evidente a los amigos de Mary en cuanto

llegó a Nueva York. Uno de los primeros en saludarla le preguntó: «Miss Pickford: ¿cuáles son sus diversiones fuera de los estudios?» Y ella contestó: «No tengo ninguna; sólo me preocupo de aprender a trabajar bien.»

Esto no es extraño, pues desde los cinco años Mary ha tenido responsabilidades. En aquella época trabajaba en el teatro y man-

tenía a su hermano Jack, su hermana Lottie y también a su madre. Y siempre ha sido así. Mary ha sido cabeza de familia hasta que sus hermanos crecieron.

Después se dedicó a la pantalla. Desde el principio se vió afligida por la más pesada responsabilidad y, naturalmente, durante los últimos años ha producido películas por cuenta propia, lo que significa que ha tenido que soportar ella sola todo el peso. No es, pues, nada extraño que haya tenido poco tiempo para divertirse.

El principal motivo de su viaje a Nueva York fué tratar de lo relacionado con su próximo film provisionalmente titulado «Happy Ending» («Final feliz»). Frances Marion, escritora de argumentos, tenía que abandonar Hollywood para trabajar durante un par de semanas en unión de la esposa de Douglas Fairbanks, en el de esta película, pues ambas creyeron poder trabajar mejor en Nueva York que en Hollywood, donde se las hubiera interrumpido con demasiada frecuencia.

Una vez escrito el argumento, tenía que empezar el rodaje del film, pero hay, naturalmente, otros puntos que solventar, como por ejemplo, la elección de un galán para interpretar la obra. Mary declaró que no echaría mano de ningún actor ya consagrado ante el público, sino de uno desconocido, o cuando menos uno que no fuese muy popular. Es también posible que se rueda en Nueva York.



Mary Pickford, llamada la "muñeca del mundo", es una de las mujeres más venturosas de Hollywood.

LA CRUELDAD
DE HOLLYWOOD

El castigo impuesto a Clara Bow por Juan de España

CLARA BOW ha pagado una de sus aventuras con el matrimonio. Especie ésta de condena que si para unos es llevadera y hasta agradable, para otros resulta demasiado rigurosa.

A la pelirroja la moral de Hollywood le ha impuesto su matrimonio como único medio de cubrir el escándalo que produjo la querrela que presentó contra su secretaria y el encarcelamiento de ésta.

Su boda con Rex Bell no señala precisamente un acontecimiento feliz en su vida.

Porque Clarita es una mujer que vive para el amor, pero no para el matrimonio.

Su temperamento, su carácter, sus ideas, no encajan en las cualidades que debe poseer la esposa. Es Clara Bow demasiado independiente y bulliciosa para amoldarse a las exigencias de un marido por comprensivo y tolerante que sea.

Con Clarita pierde Hollywood su más deliciosa «flapper». No hay orgía ni fiesta en la que no se

eché de menos a la pelirroja, en la que don Juan y Romeo no sueñan con la aventura que no es posible sin Clara Bow.

Es absurda esta moral —moral hipócrita, burlada con la frecuencia con que se burla la ley seca— de Hollywood. Aquí no asusta nada mientras se cubran las apariencias,

mientras el escándalo no trascienda fuera de esta ciudad frívola, que ciemta la popularidad de sus artistas en la anécdota galante, en el escándalo y la aventura, a la vez que les exige una virtud exagerada, una existencia pacífica, monótona y timorata.

San Antonio, con ser

un santo a prueba de tentaciones, no habría resistido la tentación de Hollywood, pero Hollywood lo habría expulsado después de su sociedad.

Clara Bow, con su boda, no ha renunciado sólo a su alegría, a su independencia, sino también a su fama artística. Los mismos que la halagaban y elevaban a la categoría de diosa del placer, como Grecia hizo con sus cortesanas más hermosas, la repudian

ahora y obligan a recluirse en el matrimonio.

Clara Bow arrojada de los estudios y de los cabarets, donde otros y otras van comprometiendo su fama, pero procurando no dar el paso peligroso que los arroje al olvido.

Igual le aconteció a la pobre Alma Rubens, flor exquisita de pasión. Lo mismo le sucedió al gordo Fatty. Ese habría sido el final de Wallace Reid, si él no se hubiera anticipado, con asco de su propia vida; y ese puede ser el término de un John Gilbert, corazón inmenso que arde como una hoguera, y el de una Joan Crawford si no se somete a una disciplina que ahoga su propia personalidad.

¿Pero qué Hollywood es éste que sacrifica a sus ciudadanos más ilustres y gloriosos, a los que le han dado un prestigio mundial, de ciudad dorada, de ciudad de ensueño?

No existe en el mundo una sociedad tan cruelmente hipócrita como la de Hollywood. Pueden imponerse a ella los que como Gloria Swanson, por ejemplo, han hecho un deporte del divorcio, pero no los que descuidan sus sentimientos y viven libremente sus pasiones, porque son suyas y a nadie pertenecen.

Yo he visto estos días a Clara Bow por las calles de Hollywood. Conducía un auto descubierta y nadie se fijaba en ella. La noté triste, en muda protesta contra este ambiente que le es hostil cuando antes le fué propicio.

He tenido impulsos de acercarme a ella, de charlar con ella y unir a la suya mi indignación. Pero algo me ha contenido. No el miedo a que los demás me señalen con el dedo por haber roto la consigna, sino miedo de remover el dolor que agita el alma, infantil y buena, de la bella y desdichada pelirroja.

Pero si sobre estas líneas llega a posar sus ojos claros, sus ojos en los que arde la llama del deseo, sepa Clara Bow que hay en Hollywood un periodista español que sigue creyendo en ella y que desprecia a quienes le han impuesto el injusto y duro castigo de un matrimonio para el que no es apta y que lleva implícito la renuncia de su gloria artística.

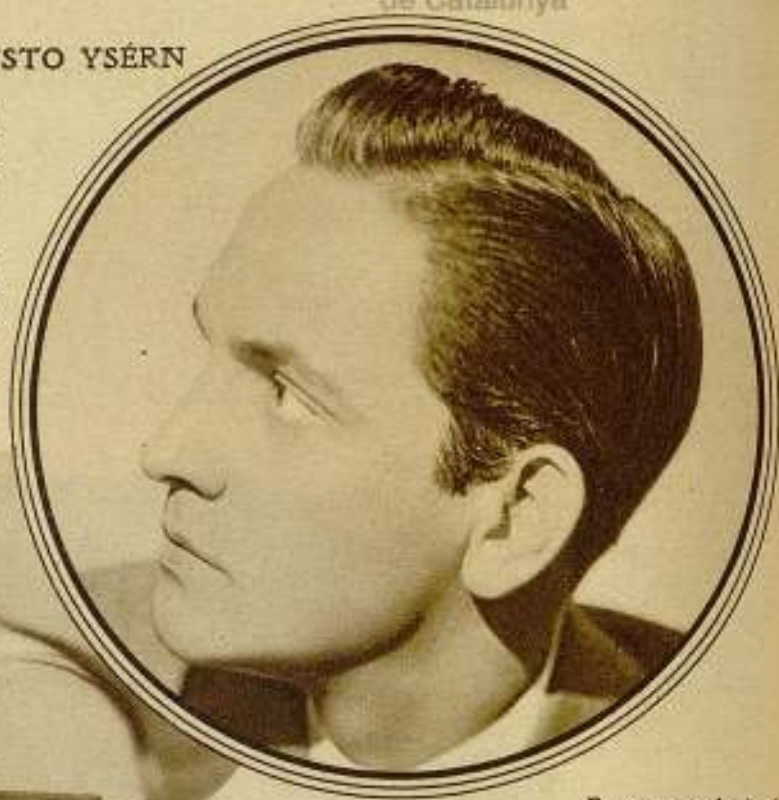


ACTORES - TIPO por AUGUSTO YSÉRN

La pantalla nos asombra de vez en cuando, en su magnífico lienzo gris, con alguna interpretación sobresaliente que pone siempre de manifiesto la valía extremada de los pocos elementos cinematográficos que puede compartir aceptablemente su actividad con el lienzo.

Grandes películas y extraordinarias actuaciones, ha habido siempre en el cinema. Acordémonos de George Bancroft—el divino «Torro» en «La ley del hampas», de Sternberg—, o si no fijemos nuestra atención en aquel Lewis Stone de «El patriota», el famoso vehículo de Lubitsch.

Abramos una vez más los ojos de nuestra memoria, y señalemos



Esperamos el tetelo inesperado que nos proporcionará Fredeteh March...

con el dedo a aquel Willy Fritsch, de «Spiones», o al incommensurable Jannings, de «Tartufu».

De seguro que sonreiremos suavemente ante el magnífico esfuerzo de estos titanes de la interpretación. Cosa que hemos de hacer también ante este nuevo Lionel Barrymore que la Fox nos devuelve, acaso más artista que nunca, en el film «El carnet amarillo», y que nos confirma definitivamente su merecido triunfo como actor de buena clase en «Alma libre», de Clarence Brown, pues por su actuación en esta cinta ha merecido el honor de ser proclamado como el mejor artista norteamericano del año 1931.

Hablemos un poco de su arte personalista, *sui generis*, dentro del cinema.

Clive Brook y H. B. Warner son los modelos. Lionel Barrymore—cuyo trabajo creemos ha sido siempre mejor que el de su hermano John—trabaja con una extrema naturalidad que parece brotar, sin darse cuenta, de sí mismo. No se preocupa de la cámara. Hace caso omiso de ella. Estudia los tipos a fondo, con gran tesón, y la más variada gama del gesto surge en él sin artificios de ninguna clase.

En el film «El carnet amarillo», su labor ha sido realmente extraordinaria. Tanto que ha anulado por completo a los demás coprotagonistas. Elissa Landi y Walter Byron se han contentado con estar discretos y se han dejado dominar por el exquisito arte de un Barrymore, que a veces se eclipsa y creemos sea otro el que tan magistralmente actúa.

No podemos por menos de rememorar un caso parecido en el cinema, y también bastante reciente. Lewis Stone en «El poder de la mujer», film de Clarence Brown, es el que el gran Stone ha quedado como figura relevante que se basta por sí solo para salvar la responsabilidad de un film y merecerse todos los aplausos, como ya anteriormente tuvimos ocasión de comprobar al superar al genio alemán Jannings en «El patriota».

(Continúa en «Informaciones»)

Clive Brook es uno de los modelos del actor que actúa ante la cámara con naturalidad.



ESPEJO DE BELLAS : ANITA PAGE

por FERNANDO DE OSSORIO

El cinema yanqui ha creado un tipo de belleza femenina.

Creado el tipo, ha hecho de él cientos, miles de ejemplares, imponiéndolo al mundo desde la pantalla. Tipo «standard», como todo lo que se hace en el colosal país de los rascacielos.

No hay rincón de la tierra, por apartado y pequeño que sea, donde no exista una muchacha que procure parecerse a tal o cual «estrella» norteamer-

ricana. Para lograrlo, seguirá un régimen alimenticio, cultivará determinados deportes, usará, en el cuidado de su físico, las cremas y carmines que use su actriz favori-

ta, la imitará en el modo de vestir, ensayará ante el espejo sus gestos y actitudes.

Incluso llegará, en su afán de imitación, a reformar su carácter, sus

costumbres, sus ideas, con un propósito de acercamiento espiritual a su modelo.

Esto, indiscutiblemente, es peligroso. Peligroso, porque es una renuncia a la propia personalidad, extendiendo o se abandona de sí mismo a la personalidad moral.

Cinelandia. Su rostro tiene una expresión de dulzura tan femenina, que atrae fuertemente, pero alejando esa sensación de sensualidad que nos producen, por ejemplo, una Joan Crawford o una Myrna Loy, y entre las no americanas, una Marlene Dietrich y una Greta Garbo.

Anita Page es espejo de belleza serena, de delicadeza femenina y de elegante sencillez.

Puede haber, y las hay indiscutiblemente, artistas de temperamento más dúctil que el suyo y de prestigio más sólido, pero ninguna la aventaja en sensibilidad, y ninguna, tampoco, es de una belleza tan atractiva y delicada como la de esta joven actriz.

Más sensuales, más carnales, sí; pero ella simboliza a la novia ideal con que sueñan todos los mozos que buscan en ella a la esposa tierna y amante, la que nunca nos inquieta ni traiciona.

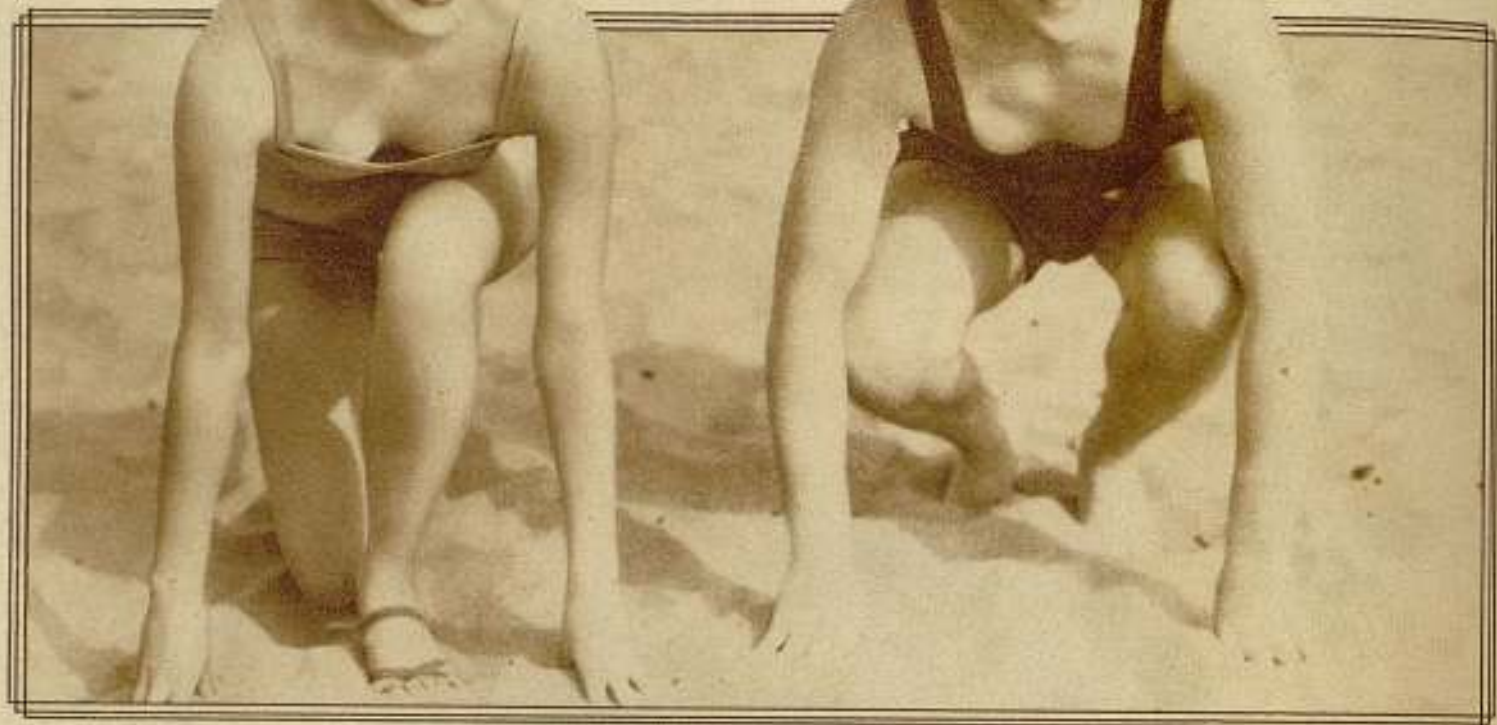
Conste que no se trata aquí de una catalogación en un sentido ético, sino puramente artístico. Hay, sin duda, vampiresas del celuloide de costumbres más rígidas que el de muchas que aparecen en la pantalla con el carácter de ingenuas.

Sin embargo, es así y nos conformamos por hoy con señalar el hecho.

Pero dentro de ese tipo «standard» hay bellezas con rasgos personales inconfundibles. Una de ellas es Anita Page. Rubia, esbelta, su cuerpo se compone de líneas suaves y redondas, sin esos ángulos, casi masculinos, que acusan otras bellezas de

Lo que nos interesa significar es que por su figura, por la expresión de su rostro, por la calidad de su belleza atractiva, pero sin sensualidad, Anita Page es el mejor modelo de ingenua del film norteamericano, porque esta ingenuidad es innata en su alma de artista.





Marian Marsh, la deliciosa estrella que figura en los films de Cinematográfica Almitra, en la playa de Santa Mónica, con Jimmy Gagney.

EL REPÓRTER EN HOLLYWOOD

U nos pocos días después de haber vendido su novela «Jerry and Joan» a la Paramount para ser adaptada a la pantalla, Cleo Lucas, su autora, tuvo la desgracia de caerse y romperse un brazo.

Sylvia Sidney lucirá nada menos que veintitrés trajes diferentes en la película «Jerry and Joan».

Frederic March dedica sus ratos de ocio al cultivo de flores y hortalizas en su granja de Laguna Beach.

Wynne Gibson tiene dos radios en su casa y generalmente hace funcionar los dos al mismo tiempo y desde la misma estación.

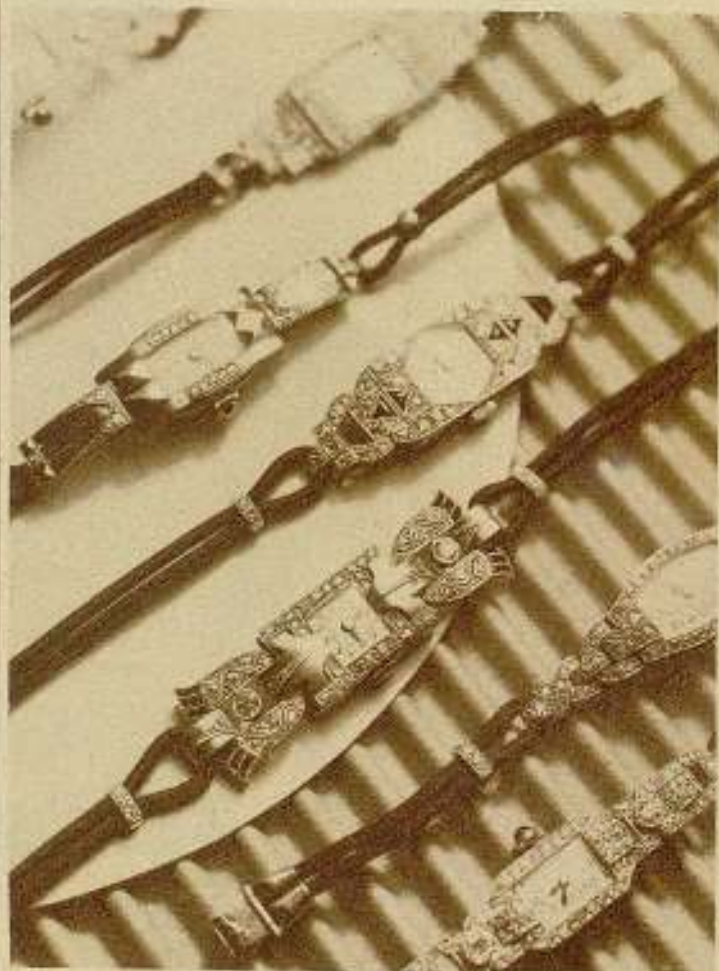
Groucho y Chico Marx, famosos comediantes de la Paramount, se han puesto sombrero Fongó.

Jackie Coogan asiste a la escuela en Ojai, pero suele pasar los fines de semana en Hollywood.

Charles Bickford, marido de Tallulah Bankhead, en la película «Thunder Below» es dueño de una isla entera en Java.

Charles Bickford y Paul Lukas lucen sendos bigotes y barbas en las primeras escenas de la película «Thunder Below», en la que Tallulah Bankhead desempeña la protagonista.

Edmund Lowe y Lilyan Tashman se enamoraron a primera vista.



R
E
L
O
J
E
R
I
A

Lo mejor en mecanismo de fabricación suiza en modelos creados y ejecutados por

J. ROCA

JOYERO

Rambla del Centro, 33 - Pasaje Bacardí, 2

PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

Urquinaona: "Los que danzan"

ANTE la versión de un film hablado en nuestro idioma, la gente reacciona y acude al local en que se anuncia el estreno.

No importa que una y otra vez ese público quede decepcionado. Siempre acude al reclamo de una película en español con la esperanza de que haya sido interpretado su gusto.

Esto demuestra que existe verdadero entusiasmo por el cinema hispano, y que si aquí se hiciera una producción normal y de cierto decoro artístico, el éxito la acompañaría, impulsándola enormemente.

Pero ya que España no produce, sino muy espaciadamente, sin orientación y sin acierto; ya que sólo muy de tarde en tarde se presenta una cinta hecha en España y con medios propios, debemos agradecer que los extranjeros se esfuerzan en presentarnos films hablados en nuestra lengua y hasta perdonarles—cuando la intención es buena—los fallos que tengan, mientras junto a ellos resalte algún acierto.

«Los que danzan», de la Warner Bros.



producción presentada por Cinematográfica Almirante, en el Urquinaona, está realizada con un decoro que no podemos regatearle. No hay en ella nada nuestro, excepto el idioma y los intérpretes. Y vale más que así sea, porque cuando pretenden darle un ambiente hispano nos ponen, por lo regular, en ridículo, no con el ánimo de hacerlo, sino por ignorancia de nuestras costumbres.

El drama que se desarrolla en «Los que danzan», está enmarcado en Norteamérica. Son figuras de la acción: «gangsters» y policías, asunto nada nuevo, pero que bien tratado y conducido, como ocurre en la citada película, llega a interesar y aún no carece de emoción.

Los intérpretes han sido bien elegidos y dan el rendimiento artístico que de ellos podía esperarse. Destaca en primer término, Antonio Moreno, que si en otras producciones habladas en castellano nos decepcionó bastante, en ésta nos recuerda al Antonio

Moreno de sus buenos tiempos de cine mudo y, junto a él, María Alba, más segura que otras veces y más sugestiva y bonita que nunca, así como Pablo Álvarez Rubio, acertado en la composición de su tipo. Lo mismo él que Moreno caen en alguna escena en el teatro por el tono declamatorio de la frase, pero fuera de esos momentos en que parecen olvidarse de que la palabra tiene una calidad distinta en el cinema que en el teatro, se conducen con naturalidad y desenvoltura.

El diálogo, de Baltasar Fernández Cue, es discreto, que es lo más que podía pedírsele a un periodista que no tiene dominio del idioma en que escribe.

«Los que danzan» pasaron sin dificultad, dejando al público complacido.

GAZEL

Coliseum: "El hombre que asesinó"

SE ha buscado para la acción de este film un ambiente exótico: Stambul.

La intriga, en «El hombre que asesinó», tiene pendiente al espectador de los sucesos que se van complicando, apareciendo en el mayor misterio, lo que aumenta el interés de la obra.

Juegan los principales papeles Rosita Moreno y Ricardo Puga.

Rosita Moreno se impone con su arte fino y personal, y con su belleza expresiva. Encarna a su personaje con naturalidad, sin desviar en ningún momento la psicología dramática del mismo.

Ricardo Puga se mantiene en el plano elevado a que le obliga su prestigio, y si no fuera porque se advierte en él ciertos resabios teatrales, muy naturales en quien se ha formado en la vieja farándula, su labor sería perfecta.

Carlos San Martín y Elena D'Algy, secundones en el reparto, se comportan como artistas acostumbrados a moverse ante la cámara.

Dimitri Buchowetski, que ha dirigido esta cinta de la Paramount, demuestra ser un animador de buen estilo.

FERNANDO DE OSSORIO

"Saltos de cámara"

CHARLES CHAPLIN lleva siempre en su mano una gran «otra» de un «Ja, Ja, Ja!» insuperable.

El colmo de la incongruencia se da en esos revólveres del cinema que tienen sólo cinco balas y disparan diez y ocho.

Esas cajas de hoja de lata que preservan al celuloide de todo peligro, nos recuerdan las cajas de jalea que venden en algunas tiendas de comestibles.

Son las mismas que luego producen los ajaleños.

Del que es feo de físico, suele decirse que su cara es un chiste.

La de Stan Laurel está en el caso de ser un chiste malo.

Las piernas de las «girls» que ondulan en las revistas al son de la música, son como péndulos del reloj del cansancio.

Cuando se les acaba la cuerda el péndulo se para.

Neubabelsberg, Joinville, Eistree y Hollywood, son los cuatro puntos cardinales del mapa gris del celuloide.

En la geometría del cine, «éls, oellas» y el «otro» es un triángulo.

«Éls, oellas, el «otro» y la «otras» es ya un trapecio o un lío.

Las tijeras de la censura nos recuerdan la existencia de un mal peluquero de films que no se contenta solamente con cortar el pelo, sino que, a veces, afeita y hace traquilones.

AUGUSTO YSERN

Boda distinguida

EL 17 del corriente celebróse en la capilla de Nuestra Señora de Montserrat, el matrimonial enlace del joven don Eduardo Gratacós, director técnico del gabinete ortopédico Harnius, con la bellísima y simpática señorita Carmen Freixas.

Descamos eterna luna de miel a los recién desposados, así como un feliz viaje de novios, el cual emprendieron para distintas capitales extranjeras.

Obituario

INESPERADAMENTE, cuando nada hacía suponer tan funesto desenlace, ha fallecido en esta ciudad, en la clínica donde fué asistida durante su alumbramiento, la joven y virtuosa dama doña Sara Zuker, esposa de mister J. Edelstein, consejero delegado de Metro-Goldwyn-Mayer, I. S. A.

Por las grandes simpatías con que contaba el joven matrimonio en Barcelona, la triste noticia ha causado dolorosísima impresión entre todos cuantos habían tenido ocasión de tratar a tan distinguida familia.

Nos asociamos muy sinceramente a la pena sin límites que experimenta nuestro amigo mister Edelstein por pérdida tan irreparable, y desde estas columnas le enviamos a él y a su distinguida familia la expresión de nuestro pésame más sentido.

Duodécima lista de la "A. C. E.", por riguroso orden de recepción.

- 81. D. Ramón Perich Cabedo.—Valencia.
- 82. Seta Rosalba Oliver.—Barcelona.
- 83. D. Juan Vera.—Barcelona.
- 84. « Joaquín Valiente.—Barcelona.
- 85. « Francisco Romero.—Espana (Barcelona).
- 86. « Francisco Iribarne Castro.—Almería.
- 87. « Bernardo Lora.—Valencia.
- 88. « Marfín Romero.—Martorell (Barcelona).
- 89. « Mateo Simón Gallo.—Barcelona.
- 90. « Filadelfo Gil.—Barcelona.
- 91. Seta Agustina Ribas Navarro.—Cant de Mar (Barcelona).
- 92. D. José Piqué.—Almacellas (Lérida).
- 93. « José Gaset.—Martorell (Barcelona).
- 94. « Simón Canals y Bru.—Martorell (Barcelona).
- 95. « Francisco José Queralt.—Barcelona.
- 96. « Manuel Puig.—Barcelona.
- 97. « José Camps Pepl.—Barcelona.
- 98. « Sebastián Jover.—Martorell (Barcelona).
- 99. « Esteban Vela.—Barcelona.
- 100. « Gonzalo Calasayud.—Barcelona.
- 101. « José Vila.—Barcelona.
- 102. « María Rodríguez Rosón.—Puerto (Lugo).
- 103. « Manuel Palera Alonso.—Sevilla.
- 104. Seta Anita Arriaga.—Tauris (Tenerife).
- 105. D. Luis Cocharrera.—Mazorra (Barcelona).
- 106. « José Marqués.—Barcelona.
- 107. « Hermilio E. Turégano Pinar.—Valencia.
- 108. « Juan M. Pizar Ruchá.—Valencia.
- 109. « Juan Pinales Perpall.—Valencia.
- 110. « Luis Coudouff.—Valencia.
- 111. Seta María Lucas San Gil.—Mazorra (Barcelona).
- 112. D. Pedro Recasens Gilbert.—Puerto de Montorós (Carrizosa).
- 113. « Antonio Lucas San Gil.—Mazorra (Barcelona).
- 114. « Domingo Navarro Pinar.—Mazorra (Barcelona).
- 115. « José Navarro Cañada.—Mazorra (Barcelona).
- 116. « Jorge Llovet Capat.—Barcelona.
- 117. « José Barrimón.—Barcelona.
- 118. « Vicente Carda.—Martorell (Barcelona).
- 119. « José Cárceles Alcaraz.—Barcelona.
- 120. « Vicente Peiró Ballester.—Petrera (Valencia).
- 121. « Eduardo Sáez Cabrera.—Motel (Granada).
- 122. « Juan Baqués Torroba.—Sabadell (Barcelona).
- 123. « Juan Cabré.—Barcelona.
- 124. « Vicenta Surinaga.—Paterna (Valencia).
- 125. « Martín Bullá.—Martorell (Barcelona).
- 126. « Ignacio Castillo.—Córdoba.

INFORMACIONES

George Bancroft

(Continuación de las págs. 6 y 7)

al más joven y entusiasta criminal en un perro de aguas desdentado e inservible.

George se vió siempre apoyado por la suerte.

Su nueva vida se deslizó aceleradamente, y los triunfos se sucedieron unos a otros sin interrupción.

Además, él servía para ello. Era su oficio. Pronto se separó de Slim y Eduardo. Tuvo dinero, y con esto, como es natural, tuvo todo.

Hasta amor sincero, pues aunque en realidad era fingido, es tal el poder del dólar, que convierte a la mujer más insignificante en la actriz más consumada.

Y todas las mujeres que conoció representaron ante él, de un modo insuperable, la eterna comedia del amor.

Cansado de Nueva York marchó a Chicago. Para él Chicago era la ciudad ideal.

Regida por el hampa y por el más fuerte.

Y donde estaba George él era el más fuerte.

Pero... una vez le abandonó la suerte. Fue lo suficiente para que terminara su vida en un sillón eléctrico y acariciado por corrientes eléctricas.

Como es natural, este episodio fué el más trascendental de su vida. Tan trascendental, que la puso fin.

Y, para contarlo, tenemos que recurrir, una vez más, a Von Sternberg.

El muy cenco se nos adelantó y lo narró en la pantalla.

Y irónico, como de costumbre, hizo interpretar el papel de George a George Bancroft, célebre estrella pelicular de Hollywood.

Este fué el primer episodio que nos relató, a pesar de ser el último de su vida.

Lo hizo así para que viéramos que el verdadero George Bancroft no existía ya. Quedó muerto en un trozo de tela.

Su objetivo captó este episodio con todos sus detalles.

No le pidáis lo mismo a mi pluma. Le es de todo punto imposible.

Conformaros con unos trazos, unos bocetos de esos maravillosos cuadros.

El asunto ya estaba salido. En su mano llevaba el maletín con todo lo que encontró a mano: cerca de medio millón de dólares. Para tratarse de un banco de segundo orden, no estaba mal.

Corriendo cruzó la calle, sin fijarse en el bulto que tambaleándose se dirigía a él, hasta que no tropezó con su cuerpo y lo derribó al suelo.

Era un borracho. Pero al mismo tiempo una boca que podía hablar; no le convenía se quedara ahí.

Lo agarra por las solapas y, a rastras, lo interna en un auto que, trepidando, le espera en una esquina.

Cortando el silencio, con su sinfonía metálica, el coche recorre infinidad de calles. Todas idénticas: de casas rojizas con uniformes ventanas.

Frente a una casa se han parado. A simple vista es como todas. Pero en realidad no lo es. Parece casa de vecindad y es garito del hampa, fortaleza de bandido y depósito de menajeces alcohólicos.

Esta casa tan vulgar, tan vieja, tan anti-pática, es el cuartel general de «El Toro». «El Toro» es un bandido, si no universal, por lo menos nacional.

Su fama y renombre en la U. S. A. está bien cimentada. Su trabajo le costó el logarla. Nos consta.

«El Toro» es aquel marinero y aquel principiante de bandido que presentamos antes. Ahora es un bandido perfecto, un criminal

intachable. El mote le va muy bien. Es una estilización magnífica.

«El Toro» tiene convertida la casucha en un departamento confortable, que contrasta con la fachada, tan poco atrayente, y la mugrienta escalera.

Pero un botón imperceptible actúa de «sésamo», y con sólo apretarlo la decoración cambia: de escalera humilde a salita confortable.

Ahí entre esas paredes, el bandido está bien guardado, y para un caso de peligro tiene una puerta blindada y secreta que es el mejor seguro de su vida.

«El Toro» y su acompañante están sentados frente a una botella y un sifón. Los dos hablan sin descanso. Muchas palabras y unas cuantas interjecciones algo fuertes.

De todos modos, algunas cosas son interesantes.

Estas, por ejemplo:

—Yo soy solamente yo. Antes era otro; tenía un nombre muy largo y un sin fin de apellidos. Ahora soy «El Callao», camarero de un cabaret.

Y tenemos que trasladarnos al cabaret... Es desagradable su estancia en él, pero como a «El Callao» se le ocurrió emplearse en esta pocilga, no tenemos más remedio que meternos en ella, pues hemos de seguir sus pasos.

Pero, a pesar de todo, interesa el ambiente y los tipos.

Al fondo hay un mostrador de pino, que atrae como un imán a la parroquia habitual.

A «los de abajo» también les atrae el ambiente. Pues su vida, como este cabaret, está en un sótano.

El recinto es pequeño; pero lo suficientemente grande para instalar una docena de mesas donde apurar tranquilamente el veneno.

En una hay un hombre. Su figura impone. Se llama «Mulligan», pero nosotros estamos en un secreto: sabemos que es Fred Kohler, otro bruto auténtico, pero sin trabajar, sin pulir aún.

Sobre sus espaldas posa una cabezota cuadrada sembrada de zardas rojizas. Sus palabras son gritos e insultos, y siempre van dirigidos a «El Toro», a su enemigo.

George, en ese barrio de Chicago, es el dictador único.

Dueño de vidas y haciendas, hace lo que

quiere por la sencilla razón de que nadie puede impedirlo.

Pero los dictadores siempre engendran enemigos: otros dictadores que intentan su cederles para continuar sus tareas.

Y «Mulligan» intenta relevar a «El Toro».

Así se comprende la mirada que le dirige cuando le ve bajar las escaleras acompañada de su amante, de «Plumitas».

«Plumitas» merece un párrafo aparte. Aunque sea corto.

Es una muchacha guapa. Su belleza es algo rara, y por eso interesa a George. Bajita, con el busto proporcionado, y unos pómulos incitantes. El apodo le sienta bien; tan bien como el sombrero y el cuello de plumas que lleva siempre.

Y nada más.

Aquella noche «Mulligan» quiere pendería. La está buscando.

Llama al camarero, al «Callao», y para mostrar a «El Toro» su desinterés por el dinero, arroja a una escupidera un billete y ordena al camarero que lo recoja.

Este no le obedece.

«Mulligan» se excita y quiere lo haga a viva fuerza.

Pero... ¿para qué está «El Toro»?

Y el bruto sale a defender al débil, una vez más.

Y la bronca se arma en unos segundos.

Unos puñetazos de los promotores, luego gritos de mujeres, mesas por el suelo, sillones y, para terminar, como digno apoteosis, tiros, algunos heridos, tal vez un muerto, intervención de la policía y desbandada general.

Y, otra vez en casa de «El Toro», y otra vez una discusión entre los dos. Ahora interesante, emotiva.

A «El Toro» le es simpático «El Callao». Le protege. Le viste bien y promete enseñarle a atrabajar.

A «El Callao» le encanta la idea.

Sobre todo, por vivir en una casa tan acogedora.

Ahora «El Callao» es un caballero. «Plumitas» está entusiasmada con él; la trata como a una dama.

Y él también está entusiasmado con «Plumitas»; la ama, está locamente enamorado.

Ella también le ama, pero cree que solamente le admira.

Y es que la barrera que les separa es inaccesible para ellos. Nada menos que «El Toro».

No hay que hacer quimeras ni ilusiones. Sus vidas son paralelas. Pero las distancia una sima profunda.

(Continuará)

"MADAME X"



Al decir MADAME X, no se expresa sólo un modelo de Fajas. Realizamos más de 30 modelos y cada modelo tiene gran variedad de tallas, y según la evolución de la moda presentaremos nuevos modelos que moldean el cuerpo de acuerdo con la tendencia del vestu. Por eso venimos diciendo que las Fajas MADAME X son siempre las interpretadas de la moda.

FAJAS DE CAUCHOLINA PARA ADELGAZAR

**Rambla de Catalunya, 24
Barcelona**

Sucursales en Bilbao, Córdoba, Coruña, Málaga, Madrid, Oviedo, Santander, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Vigo y Zaragoza.

Actores-tipo

(Continuación de la pág. 14)

Este Barrymore contemporáneo está pidiendo a veces que los directores más expertos de Hollywood—Vidor, Mamoulian, Stroheim, Sternberg—realicen películas cuyo actor principal sea este valioso intérprete de «El carnet amarillo». Creemos que así se alcanzaría el máximo rendimiento y Lionel triunfaría plenamente lo mismo que los Brooks, los Jannings o los Bancroft.

El cine extiende cada día más su radio de acción, captando sin cesar nuevos rostros que luego acaso nos asombren con su formidable mímica, la única capaz de no distraer nuestra atención hacia otros pormenores del film, nada interesantes, sino, al contrario, vulgares, monótonos y nada nuevos.

Esperamos por ello mismo el triunfo inesperado que nos proporcionará Frederick March en manos de Mamoulian o en las picardías, bien sazonadas, de Jackie Cooper, dirigido por King Vidor.

AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

¡Paso a los hombres de buena voluntad!

La «A. C. E.» está llegando a una cifra que supera los cálculos de sus organizadores.

Pero esto no basta.

Bastantes de los que han enviado su adhesión no han vuelto a dar señales de existencia. Otros no se han percatado de la importancia que tiene, si se quiere realizar una labor fructífera, someterse a una disciplina rigurosa.

Y ya es hora de que sepan todos hacerse dignos de esta Agrupación, nacida para crear y orientar el cinema español, pero de ninguna manera para fomentar las ilusiones de unos cuantos ilusos sin preparación alguna e incapaces de dejarse conducir.

No permitiremos que nadie, sea quien fuere, ponga en peligro a la «Agrupación Cinematográfica Española». Por encima de los individuos está la propia organización, y nos disponemos, para bien de los que nos han comprendido y sienten nuestro entusiasmo, a prescindir de los que signifiquen un estorbo, por muchos que sean.

Para que la «A. C. E.» lleve adelante su plan, no es rigurosamente necesario la suma de unos centenares de asociados. Valdrán siempre más unas docenas de individuos bien compenetrados, de voluntad firme y de fervido entusiasmo, que no una legión de gentes indisciplinadas y ambiciosas que antepongan su vanidad o su egoísmo a la obra común.

La «Agrupación Cinematográfica Española» no es plataforma para nadie. Los que se hayan acercado a ella con la intención de medrar, saldrán defraudados si antes no se les arroja, después de despreciarlos. La «A. C. E.» no es, ni más ni menos, que un conjunto de voluntades al servicio de la alta idea de dotar a España de un cinema que no la sonroje ni desprestigie, sino que, por el contrario, la incorpore dignamente al mapa cinematográfico europeo.

No hay otro modo de conseguir esto que el estudio, el entusiasmo y la disciplina.

Los que otra cosa hayan creído, que busquen en otro sitio—que de ellos está lleno España—donde halaguen su ridícula vanidad y fomenten sus pequeñas ambiciones.

Para pertenecer a la «A. C. E.» hay que pensar en grande.

Estamos orgullosos de los que nos siguen, porque nos comprenden. Con éstos, por pocos que fueran, llegaremos adonde nos hemos propuesto llegar. Los otros, ni nos sirven ni los queremos a nuestro lado.

MATEO SANTOS

A los componentes de la «A. C. E.» de Sevilla

¿EXISTE afición al cinema en Sevilla? Sí, no cabe duda; existe en pequeña minoría, pero es cierta su vitalidad.

Y si son verdaderos amantes del cinema, ¿cómo pretenden materializar su actividad en pro del mismo?

¿Es que en cinema todo se reduce a que triunfe la «bellas» o el «fotogénico» galán?

Esa será una solución para muchos; iremos a él como simples mercaderes, le arrancaremos cuanto tenga en nuestro provecho, y entonces, es evidente, dejará de ser arte; nosotros no podemos llamarnos artistas. ¡Tanto como luchamos para llegar a ser artistas! Nos encontraremos con una ciencia, la ciencia de hacerse rico sin grandes sacrificios, ¿no es eso? ¡Pues no debe ser así! Por ello, los que crean que la «A. C. E.» puede ser un posible escabel para una mejor situación económica, esos se engañan y no debemos, los que ponemos toda nuestra buena voluntad en la obra comenzada, permitir que nadie viva engañado.

Hasta enronquecer les gritamos: «¡Señores, señores, definanse ustedes!»

FRANCISCO MARTÍNEZ GONZÁLEZ

El número 16

NOTAS

Hemos recibido algunas cartas de socios con dinero dentro.

Como esta no es forma de enviarlo, pues debe hacerse por giro postal y cuando no en

sellos de Correos, advertimos a todos que no responderemos de estos envíos, pues pueden retenerlos en la Administración de Correos por no venir en condiciones.

Rogamos al asociado D. Bernardo Serrano que nos mande su dirección, sin la cual no podremos remitirle el carnet de socio y el recibo del mes actual.

La Junta directiva procederá a la revisión de socios para eliminar definitivamente, a los que no estén al corriente en los pagos de sus mensualidades y a los que no se sujeten a las normas trazadas por la «A. C. E.»

Estado de cuentas de la «A. C. E.» en el mes de abril

Gastos

Alquiler local, primera reunión.	10	ptas.
Local secretaría, medio mes.	26	"
Alquiler local, tercera reunión.	10	"
Gastos objetos de escritorio y varios.	17	"
Franquos de correspondencia.	23'35	"
Total.	86'35	ptas.

Ingresos

Ingresos por recibos.	320'50	ptas.
Ingresos por carnets.	72'90	"
Total.	393'40	ptas.
Remanente en Caja.	397'05	ptas.

Bases para el Concurso de argumentos de la «A. C. E.»

La «A. C. E.» abre un Concurso de argumentos filmables entre sus asociados, según las Bases siguientes:

- 1.ª Tema: libre.
- 2.ª Extensión: no pasará de siete cuartillas corrientes, escritas a máquina, sin interlineal, ni será menor de cinco.
- 3.ª Escenario: exteriores.
- 4.ª Se hará intervenir el mayor número posible de personajes, con tal de que puedan tomar parte todos los elementos de la Agrupación.
- 5.ª La duración del total de las escenas no pasará de cuarenta minutos.

OBSERVACIONES

El cine moderno es, ante todo, plástica y dinamismo. No literatura. No teatro.

El cine es acción, movimiento, expresión, imagen viva: es síntesis de vida tendida al infinito.

El jurado revisará detenidamente todos los ARGUMENTOS PRESENTADOS y seleccionará, con buen criterio, aquellos que mejor se ajusten a sus condiciones filmicas, sin más rigorismo que las posibilidades de realización de la Agrupación.

Se rechazarán aquellos argumentos que no se ciñan a las Bases del Concurso y que no reúnan los elementos cinematográficos indicados, y las que, reuniéndolos, contengan más literatura que acción.

Los argumentos se mandarán bajo sobre cerrado a nombre del Jurado de la «A. C. E.», firmados con el nombre y apellido, e indicando el número de socio que le corresponde.

Los que vinieren avalados con un lema, sus autores acompañarán en sobre aparte el nombre propio e indicando, como es de suponer, el número de socio.

Este Concurso quedará cerrado el día 30 del próximo mes de junio.

AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

D. domiciliado en
provincia de calle número
solicita su ingreso como socio en la AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA.
de de 1932
Firma del interesado

NOTA: La solicitud del ingreso a nombre del Director de "Popular Film", París, 134, Barcelona.

La educación visual a través de los siglos

EN GRECIA

«**C**UANDO la educación oriental estaba caracterizada, principalmente por el esfuerzo de repetir y de conservar el pasado aboliendo la personalidad, la gran significación de la educación griega consiste en el hecho de haber colocado por primera vez las fuerzas individuales en las condiciones requeridas para su desarrollo; el progreso que se originó fue no solamente bien acogido, sino conscientemente favorecido.»

Así se expresa Monroe en su «Compendio de historia de la Educación».

El ideal griego en materia de educación tiene muchas afinidades y puntos de contacto con el ideal moderno que tiende precisamente al desarrollo integral de las facultades individuales. Cuando se piensa que los griegos concebían la educación como una «gimnasia para el cuerpo y una música para el espíritu», no hay que asombrarse de la extraña contradicción existente entre esta concepción y el hecho de que esta misión tan delicada, toda armonía, fuese confiada con frecuencia a personas absolutamente incapaces de desempeñarlas; es decir, a servidores o esclavos que por alguna imperfección física o por otra razón, no servían para otro trabajo. Esto prueba que el sentido íntimo de la educación comprendida como preparación a la vida bajo todos sus aspectos y en todas sus manifestaciones, les faltaba a los griegos, lo mismo que sucedió con el espíritu práctico de los romanos, que al imitar la cultura griega imitaron también sus imperfecciones.

En educación, el ideal de los espartanos se confundió con el ideal patriótico. El perfecto ciudadano era el soldado fuerte y valeroso, siempre dispuesto a la lucha. A excepción de los desgraciados por la naturaleza, la educación se extendía a todos, incluso a las mujeres, como futuras madres de guerreros. Solamente en nuestra época se han ocupado también de la educación de los anormales, creando para ellos institutos especiales, en los que la caridad, guiada por la ciencia, se esfuerza en hacer menos dura a los desheredados por la suerte su paso por esta vida.

Esparta nos ofrece el ejemplo típico de la educación de Estado en su forma más absoluta e intransigente, llevada hasta la anulación de la familia.

Esta forma de educación no deja ciertamente de presentar ventajas muy apreciables; pero, como todo lo que es excesivo, contiene tales inconvenientes, que uno se pregunta si las ventajas no se pagan demasiado caras.

El pueblo ateniense, lleno de finura y de espíritu de observación, no dejó de considerar los unos y los otros. No dejándose deslumbrar por la legislación de Licurgo—que si tuvo el gran mérito de dar un nuevo vigor y una nueva autoridad a las tradiciones, no creó nada «ex novo» o, en todo caso, muy poca cosa—, los atenienses pidieron a uno de los suyos, Solón, que les diera una legislación más conforme con su naturaleza.

Muchos de los defectos en que habían caído los espartanos fueron evitados con cuidado. Así, aunque Atenas tuviera también un sistema de educación de Estado, la familia ateniense no sufrió de esta intrusión y el ideal espartano, patriótico, sin duda, pero unilateral, se amplió en los atenienses abrazando la vida en todas sus manifestaciones artísticas, científicas, literarias, etcétera, y suscitó este magnífico movimiento intelectual y artístico que alcanzó su apogeo en el siglo de Pericles.

Ideal complejo, pues que superando las concepciones simples, por no decir simplistas anteriores, se acercaba como se ha observado al ideal pedagógico moderno.

Cuando los humanistas del Renacimiento

y los iluministas y los filósofos de los siglos XVII y XVIII reaccionaron violentamente contra todo lo que la enseñanza y la educación tenían del Medioevo, no hicieron más que volver al pasado y aprovecharse de los tesoros extraviados, olvidados y ocultos desde hace siglos: tesoros de ideas y de pensamientos acumulados por la antigüedad clásica, pero de pensamientos y de ideas siempre frescos, siempre actuales. Pues el pensamiento no envejece y la naturaleza humana no cambia. Por la potencia de su genio, el hombre puede amaestrar los elementos, domar la materia, dominar el mundo, pero es incapaz de cambiar su naturaleza. El ideal evangélico que se le propuso hace veinte siglos ha quedado... un ideal. La masa que, sin embargo, lo siente, no ha hecho todavía de él su regla de vida. Y, sin embargo, el espléndido ejemplo de los santos y de los héroes de la fe está allí para demostrar que esta idea es realizable, pudiendo un hombre hacer lo que hace otro.

En Grecia, mientras el politeísmo dominaba la masa y los grandes pensadores creaban los imperecederos monumentos de la especulación intelectual, los sofistas venales y volubles, sin fe ni convicción, dispuestos a sostener indiferentemente el pro y el contra de cualquier controversia, no recogieron durante cierto tiempo más que desprecio. Basta recordar la máxima de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas», para comprender la inestabilidad del fundamento moral de una doctrina fundada en el hombre como individuo y sujeto como tal a todo compromiso moral.

Con Sócrates desaparece por completo la educación formal y mnemónica, que hemos visto triunfar en Oriente: es el triunfo del método dialéctico que va más de acuerdo que ningún otro al carácter helénico, y que el gran filósofo manejó con rara habilidad. El socrático «Conócete a ti mismo», impresiona hoy al mundo moderno y le hace reflexionar, le conmueve y le turba como turbaba, conmovía y hacía reflexionar a los contemporáneos de Sócrates que la oyeron por primera vez de su boca, aunque Thalés de Mileto la hubiese ya grabado en el frontispicio del templo de Delfos.

Al método dialéctico en el mundo de las ideas, corresponde en el mundo no menos amplio de la acción el método objetivo largamente aplicado en la educación ateniense. Aunque no estaban formulados, los principios más corrientes de la pedagogía moderna «de lo concreto a lo abstracto», «de lo definido a lo indefinido», los practicaban en todo caso los educadores atenienses, de los cuales los mejores se preocupaban menos de llenar el cerebro de los niños de nociones vagas y mal asimiladas, que de desarrollar en ellos la facultad de pensar dándoles la costumbre de la reflexión y del estudio. «Multum non multa», principio pedagógico cuya importancia han reivindicado los educadores modernos con poca razón. Esta concepción de la vida se exaltaba unas veces y otras se descuidaba; pero, ¡qué lejos se estaba de ella cuando se apreciaba el valor de una escuela según la cultura más o menos enciclopédica de los alumnos! Lo que se exigía hace siglos y siglos del pequeño ateniense, se exige hoy al escolar del siglo XX. ¿Qué importa que se olvide una fecha o que no se recuerde un nombre? La cultura no reposa en esto. Un esfuerzo sostenido, una voluntad iluminada y fuerte, una visión serena del trabajo, del sacrificio, tal vez, que la sociedad debe esperar de todos y de cada uno: esto es lo que el educador debe exigir, lo que el alumno debe realizar.

Platón precisa y perfecciona el ideal de Sócrates, puesto que después de él la educación no debe tender solamente al desarrollo de la personalidad, sino también a determi-

nar las facultades individuales y a ejercerlas, a hacer al alumno consciente de sus posibilidades y, por tanto, apto para cumplir una función útil a la sociedad en que está llamado a vivir. El pueblo griego comprendía y aprobaba estos principios, como nos lo prueba la anécdota cuya tradición hace de Agesilas el principal personaje. Se preguntó a Agesilas lo que según él se debía enseñar a los niños, y respondió: «Lo que deberán hacer cuando sean hombres».

Hemos resumido una pequeña parte del pensamiento de Platón. Pero ¿no parece que sea un anticipo del programa de algunas nuevas escuelas americanas, las «Vocational Schools», en las que la labor de los maestros consiste principalmente en estudiar las inclinaciones y el temperamento de los alumnos para orientarlos hacia el oficio o la profesión que mejor les conviene?

Numerosos y graves son los defectos de nuestra época, sin duda, y el juicio de la posteridad será tal vez severo con nosotros, pero en toda justicia deberá reconocernos un gran mérito: el de haber puesto en lugar de honor las más bellas doctrinas filosóficas de la antigüedad, el de haber hecho nuestro el pensamiento más elevado y más puro de los genios del pasado, de haber puesto a contribución las maravillas de la mecánica, frutos del esfuerzo y del espíritu de empresa del hombre, para dar una nueva vida a la escuela, en la que el maestro, ayudado por medios didácticos visuales cada vez más perfeccionados, forma a nuestros hijos en la virtud y en el saber.

Exhuremos el pasado. Platón cuenta que Hiparco había hecho grabar en los cruces de los caminos los principales preceptos de la moral para recordar sus deberes a los peasantes. (Atención, cuesta rápida, curva peligrosa.) Las máximas que adornan el frontispicio de los monumentos y de los edificios modernos, ¿no tienen por objeto atraer la mirada y llegar a las conciencias?

Con Aristóteles la ciencia de la educación adquiere las bases sólidas sobre las que los más insignes pedagogos han podido elevar sin temor los monumentos imperecederos de su genio.

La lógica aristotélica en el examen de los dos principios de deducción y de inducción pone en evidencia la prioridad de aquél sobre éste en tanto que las causas preceden a los efectos y que la realidad, según la razón, precede a la apariencia según los sentidos. De ello resulta que el principio de deducción es el mismo al cual la divinidad se ha complacido en conformarse en el acto de la creación. Pero el espíritu humano estrechamente dependiente del cuerpo, recorre el camino al revés: antes de llegar a las causas es impresionado por los efectos, y antes de comprender la realidad, según la razón, es impresionado por las apariencias sensibles.

La ciencia que se deriva, inductiva y empírica, es la que mejor se adapta a la naturaleza humana; yendo de lo particular a lo general, de lo conocido a lo desconocido, lo dado y lo aplicado a la enseñanza los mejores resultados.

Para terminar, nos limitaremos a comprobar que los griegos no ignoraban el valor educativo de la pintura. Sabían que la representación pictórica hace accesibles y claras las ideas más abstractas. También supieron sacar partido de ella para inculcar al pueblo el ideal patriótico.

Pollignoto, el maestro de la escuela ática, contribuyó a ello particularmente: «Durante los diez años que siguieron a las guerras médicas (480-70) — escribe G. Natali —, fué el pintor de las grandes inspiraciones nacionales: sus composiciones mitológicas e históricas eran solemnes y de grandes dimensiones.»

M. L. Rossi Losani

VIDAS OPUESTAS

Producción Paramount.— Protagonistas: Gary Cooper y June Collier. Narración de Manuel Dueñas

(Conclusión)

y pensar en instalarse lo más cómodamente posible en la casita donde, salvo azares imprevistos de la guerra, tendría que permanecer varios días.

En eso estaba cuando se le entró por las puertas la persona a quien menos podía esperar: Patricia Hunter.

Sin darle tiempo a que se repusiera de su asombro, en el cual, valga la verdad, había su buena parte de agradable sorpresa, la recién llegada le explicó que había permanecido oculta todo el día, en acecho de la ocasión de desandar lo andado y correr en su busca. Le era preciso, urgente, hablar con él.

—Eso es una locura. Si la sorprendieran aquí, quedaría muy mal parada su reputación—observó con voz que en vano trataba de hacer severa Jim Baker.

—¿Y qué importa eso!—opuso ella con ímpetu—. El que dirán, los convencionalismos sociales, no tienen valor ninguno en este nuevo mundo que ha surgido de la guerra. Durante todo el día—continuó sin consentir que el capitán la interrumpiera—he visto pasar heridos y más heridos. Eran hombres que hace poco marcharon al frente llenos de vida y la metralla redujo a desechos. Al verlos me dije que ellos, yo, todos nosotros, somos juguetes de la muerte. Sentí ansia de vivir mientras me dura la vida.

—Creo que eso mismo lo sienten todos los soldados, pero se dominan, fingen no pensar en ello—observó el capitán en tono cuya filosófica conformidad contrastaba con la exaltación que a medida que le hablaba se había ido apoderando de Patricia.

—Dominarse... fingir... —empezó ésta—. ¿Y para qué, cuando cada hora que llega puede ser la última de nuestra vida? No quiero irme del mundo sin haber vivido, sin haber aprovechado cada hora, cada minuto. Esta mañana, después de separarnos, experimenté una emoción que nunca había sentido... Parece que algo de mí misma se hubieran quedado atrás!

—A mí también me sucedió algo raro: apenas probé el desayuno... ¡Y mire usted que estaba apetitoso!—contestó el capitán que, poco elocuente de suyo, sentíase menos capaz que nunca, aturdido como estaba por la mirada de Patricia, de hallar palabras propias para traducir lo que le escarabajaba por allá adentro.

Sin embargo de eso, las palabras apuntadas, que leídas aquí parecerán a cualquiera una verdadera salida de pie de banco, dichas como fueron, acompañadas de cierto tono de la voz y cierta expresión del rostro, convencieron a Patricia de que, más allá de lo que significaban literalmente, estaba el oculto y vivo sentido de lo que animaba al que las profería. Y tan acertada anduvo en la suposición de que allí a poco, sin parar mientes en que se exponía a un consejo de guerra, el capitán Baker iba en busca del alcalde francés que los unió en matrimonio...

¡Inolvidables fueron los días de la casita de Morbeaux! Días que, como espejos encantados, reflejaron en sus horas el Amor y la Muerte, las dos divinidades silenciosas que presiden la Vida. Después...

En un hospital de Niza, recobrado ya el conocimiento y en vías de franca convalecencia, el capitán Baker platica con algunos compañeros de armas. Va resaudando poco a poco los hilos invisibles que unen cada día lo que uno fué ayer con lo que es hoy y lo que será mañana. Por lo que le dice un oficial, su vecino de cama, se entera

de que todos lo dieron por muerto, que oficialmente lo estuvo, pues su nombre salió en la lista de bajas por defunción. Y pensando en Patricia Hunter siente que le dominan dos vehementes y contradictorios anhelos: el de volver a los brazos amados; el anhelo melancólico, inexplicable, absurdo, de seguir siendo un muerto para ella; de que ella sea en su vida el recuerdo puro y radioso de la felicidad.

La voz de un compañero le saca de su ensimismamiento.

—Aquí lo pasa uno tan a gusto que no quisiera curarse nunca—dice el tal—. ¡Esto es el country club del Ejército, compañero! Deja que veas lo que nos divertimos. Nuestro centro de reunión es una quinta de la Riviera... Armamos allí cada jaleo que no hay más que pedir: champaña, buena música, mujeres bonitas, en fin, ¡el disquete!

Jim Baker escucha todo esto casi sin oírlo... ¡Se siente tan lejos de lo que eso evoca, tan ajeno a todo cuanto hace unos pocos meses le hubiera entusiasmado lo mismo que entusiasma al que le habla!

—Y la dueña de la quinta—prosigue éste—es algo colosal. ¿Quién no ha visto a Patricia Hunter, no sabe lo que es bueno!

Patricia Hunter... Al oír este nombre, mencionado en tal forma, el pobre mozo siente el frío de una hoja de acero en las entrañas. Comprende, como el poeta de las Rimas, «por qué se muere» y también «por qué se mata».

Volviendo sobre su primera resolución, que fué la de desentenderse por completo de Patricia, el capitán ha determinado presentarse en la quinta donde la traviesa millonaria da una de esas fiestas que son la comidilla de toda Niza. Quiere verla una vez más... Muerto frente al enemigo. No, no ha tenido esa suerte. Muerto, por mano de la misma mujer que fué para él toda la vida... Pues, ¿qué otra cosa sino un cadáver que anda ha de ser de ahora en adelante?

—¿Qué te pasa, Jim? ¿Por qué me miras así? Cualquiera diría que tú crees que...—la que le habla es Patricia que se lo ha llevado lejos del bullicio de la francacheta.

—¿Qué he de creer con la fama que todos

te dan en Niza? ¡Y lo peor es que la me reces, según acabo de verlo!

—Tú no eres ya el mismo Jim de antes. Si lo fueras, tratarías de comprender... Puede que la Patricia que estás viendo no sea tampoco la misma que se casó contigo...—continúa diciéndole con una voz que arroba al pobre Jim, que lo transporta a aquella noche de la casita de Morbeaux, cuando la vió llegar a él tan llena de amor, tan rendida, tan suya.

—Al leer tu nombre en la lista de bajas de guerra, al verse viuda, quiso ser de nuevo Patricia Hunter; quiso vivir de fiesta en fiesta, beber, aturdirse... ¡olvidar que a pena de verse sin ti la estaba matando! ¿Comprendes ahora, Jim?

—No había pensado en eso, debo confesarlo. Pero, aun así y todo... El encontrarme en esta atmósfera me ha hecho ver que tú y yo no nacimos el uno para el otro... A lo más que podré aspirar cuando acabe la guerra será a ganar trescientos cincuenta dólares al mes construyendo puentes... Eso no da para vivir con lujo ni siquiera con comodidades. ¿Crees que tú, una millonaria, podrías avenirte a llevar una vida así?

—Pero, Jim, ¿acaso tendrás que trabajar? ¿Quién te impedirá vivir de nuestras rentas y divertirse y ser feliz conmigo?

—¿Me has visto cara de millonario consorte? ¡Yo no tengo rentas ni puedo vivir más que de mi trabajo!

—No digas tonterías, Jim... Entre nosotros no hay tuyo ni mío... ¿Serías capaz de sacrificar nuestra felicidad a un capricho como éste? No habiemos más de eso. Sólo conseguiríamos disgustarnos... Y no hay para qué.

—Te equivocas. Es mejor hablar de eso ahora, aunque nos disguste, y evitarnos así verdaderos disgustos más adelante—insiste Baker con firmeza que exaspera a Patricia.

—Está bien, no hay nada que hablar. No seré yo la que se someta a vivir llena de privaciones sólo por llevar adelante un capricho tuyo...

El armisticio sorprende a Patricia buscando a Jim Baker, que a pesar de hallarse aún convaleciente e inhábil para el servicio, había marchado a incorporarse a su regimiento en busca de olvido, acaso de la muerte.

Por fin, después de muchas e infructuosas pesquisas, logra saber que el Regimiento 132º de Ingenieros, mejor dicho, lo que quedó del regimiento después de las últimas acciones de guerra, se halla acantonado en Morbeaux, y allá se encamina.

En la casita tan llena de recuerdos, que son ahora otros tantos motivos de remordimiento, Patricia Hunter aguarda. Nadie ha sabido darle razón de Jim ni decirle si es vivo o muerto. Pero el corazón le dice que aguarda allí.

Y en efecto, es él quien acaba de entrar. No la ha visto, y la emoción que la sobrecoge es tal que le impide articular palabra... Por fin los ojos de Jim tropiezan con ella. Primero retratan asombro. Después rencor, acaso desprecio. Tan cruel es esa mirada que Patricia, leyendo en ella que todo ha terminado entre los dos, se dirige en silencio hacia la puerta.

—¿Adónde vas?—pregunta Jim con acento en que hay involuntario calor de ternura.

—A construir puentes contigo!—contesta ella yendo a refugiarse en los brazos que lejos de rechazarla se le han abierto para que eniga en ellos.

Las vidas opuestas han tornado a unirse: serán ya, para siempre, una sola vida.

FIN

¡SIEMPRE JOVEN!...



El arte de conseguir que no transcurran los años, se define en un hecho: no engordar. Para evitar que las grasas se poseen en los tejidos, nada mejor que GLAXI.

Pida folleto de esta creación, incluyendo Plaz 0'50, en sellos de correo.

INSTITUTO ORTOPÉDICO

SABATÉ Y ALEMANY

Canuda, 7

Barcelona

EL TONTO DE CAPIROTE

Protagonista: Jack Oakie. — Narración de G. Gabir

Nuestras vidas son los ríos—dijo el poeta—. A lo que hay que añadir: Toda vida es un río dual, o dos ríos convergentes; uno que se desliza a flor de tierra, de mezuquina corriente y cauce angosto; el otro, el río interior, el verdadero río, arrastra sus aguas por los cauces misteriosos de la fantasía y del ensueño, y viene a dar en el mar sin riberas de la eternidad. O de la tontería. De la eterna tontería.

En este último mar ha tiempos que navega el sin par Littleton Looney, postillón de uno de los más útiles y absurdos vehículos de la civilización y de la mecánica: la grúa. Prendido al pescante de su monstruoso artefacto, en tanto el brazo potente de la máquina eleva por los aires, para depositarlos luego en el triste montón de las cosas inservibles, fragmentos inmensos de roca, Littleton sueña con las glorias de tiempos más heroicos. Su imaginación, inflamada con el relato de las hazañas formidables del gran Napoleón, surca aútax el océano infinito de la infinita tontería. También él, Littleton Looney, asombrará algún día al mundo con el relato de sus bravas hazañas y, como el gran conquistador corso, verá humillarse a sus plantas las testas, coronadas de dólares, de los omnipotentes monarcas del mundo financiero. Rendidas de amor, las más bellas doncellas clamarán por sus sonrisas, y los ancianos cantarán en erudecidos sus de otro modo inenarrables conquistas donjuanescas...

—¡Eh, Littleton, que por poco me atropellás!

La voz del capataz, ruda y prosaica, ha venido a quebrar el hilo de sus ensueños. Y, por si aún fuere poco, alguien le dice que el gerente de las obras quiere verlo. Probablemente se trata de despedirle. La vida es así, radicalmente injusta. Probablemente al propio Napoleón le hubieran despedido también, de haber tenido que manejar una grúa en vez de ejércitos. La vida es así...

Sin embargo, la noticia que en la oficina del gerente le aguarca, dista mucho de acercarse a la tragedia prevista por Looney. Es más: probablemente iniciará el río interior del aventurero en ciernes por rumbos nuevos de gloriosa realidad, de gloria consumada. Lo que el gerente quería decirle es que uno de sus parientes, visor más allá de las mezuquinas intuiciones humanas, acaba de morir, legándole una no despreciable suma de dineros. Dineros, que si bien desprovistos de la aureola romántica de bienes más sutiles, no dejarán por ello de allanar los tortuosos caminos del mundo.

Mientras Littleton, puesto ya en plan de campaña, decide lanzarse a la conquista de tierras lejanas de Europa, sus superiores de los días de la grúa y de las reprimendas, imaginan una broma que ha de regocijarles a todos, y no poco. A todos, excepto, tal vez, al propio Littleton. Así, el día en que éste embarca en uno de los más lujosos paquebotes que surcan el Atlántico, acuden sus amigos a despedirle, cual si se tratara del propio director de la compañía. Uno de ellos, conocedor de las flaquezas humanas, confía en secreto a uno de los pasajeros que el agasajado, Littleton Looney, es nada menos que el ingeniero jefe de las obras del canal de Erie; el orgullo de Syracuse, como le de-

nominan familiarmente sus amigos y admiradores. Luego, una vez que el barco ha zarpado, los bromistas envían al ensañador de las glorias napoleónicas un diluvio de radiogramas, firmados por los más eminentes personajes del continente de mister Ford, con lo que el capitán y los pasajeros están ya suficientemente seguros de que Littleton es el anon plus ultra de la ingeniería, no sólo de Syracuse, sino del mundo entero. A crear tal opinión ayuda no poco el senador Powell, el más locuaz de los pasajeros del arca ultramarina.

En el barco, o arca, viaja también Ellen Saunders, la millonaria crepuscular. Crepuscular como millonaria, que no como mujer. Probablemente no la haya más-bonita a bordo, y el crepúsculo aludido amenaza solamente a sus millones, que parecen prontos a pasar a las garras usurarias de Hycross, el tutor de Ellen. Esta, que es propietaria, por derecho sagrado de herencia, de unas minas en cierto país de los Balcanes, ha sabido por Hycross que, de no comenzar su explotación (la de las minas), antes de una fecha determinada, se quedará irremisiblemente sin ellas. Desdichadamente, para comenzar

de Erie, Littleton explica desenfadamente que su obra maestra se funda en el más sencillo de todos los principios de la ingeniería, o sea el de que todo canal debe tener agujero de entrada y otro de salida, y el quid único está en anillos por medio de un surco de dimensiones apropiadas.

Finalmente, al llegar todos al país desdado, con la paciencia de los objetos inanimados de la naturaleza virgen, esperan las minas. Ellen Saunders pone a Littleton en el más difícil de los atolladeros: aspira nada menos que a que su amigo, y ya casi novio, allane las dificultades que se presentan para el transporte de la maquinaria. En trance tal, Littleton decide confesarle a Ellen la verdad. Y Ellen, enfurecida ante la inesperada revelación, resuelve peñer, a la vez, la amistad de Littleton y la propiedad de las minas.

A solas consigo mismo y con un busto en escayola de Napoleón, Littleton apura al cabo la copa de la desilusión irreparable. Sus ambiciones de un día se le revelaban ahora como meros fantasmas de su imaginación, caldeada por la lectura y por el esotismo de los engranajes de la grúa. De la vida, aquella vida que sus vanas quimeras habían profetizado feliz y gloriosa, apenas si le quedaba ya la perspectiva desoladora de un porvenir fracasado, irremisiblemente estéril en aventuras y bienandanzas...

«¡Síe transit gloria!» Y, sin embargo... ¿Qué es esto?, se dice a sí mismo Littleton, con voz que surge de los abismos de la esperanza anegada. ¡Oh, gloria inesperada de la inspiración! Y, sin pensarlo más, Littleton se lanza al despacho fatídico donde Hycross, el de las garras usurarias, se dispone a apoderarse legalmente de las minas.

—¡Alto todo el mundo!—dice Littleton—. ¡Ya tengo la solución! Si la maquinaria no se puede transportar porque el río no lleva agua suficiente, ¡convirtamos el río en carretera! ¿Que la carretera está húmeda? ¡Pues se seca!

Apenas acaba Littleton Looney de dar su solución salvadora, toma la palabra el senador Powell, quien, por razones hasta entonces misteriosas, ha decidido seguir a su aventurero. Sus palabras aclaran definitivamente la situación:

—Yo, señores, soy el ingeniero del canal de Erie, y la compañía que me emplea me ha confiado la misión de desenmascarar a Hycross. Afortunadamente, nuestro amigo Looney ha dado con la clave, y mañana mismo empezaremos las obras de drenaje del río.

Ni que decir tiene que, pocos días después, el gran Littleton Looney se hace cargo de las obras de desecación del río, bajo la dirección del ingeniero del canal de Erie. Esta vez, nuevamente en su puesto de la grúa, resuelve dar de lado a su ídolo histórico, para sustituirlo por otro infinitamente más cercano en el tiempo y en el espacio. Y Ellen, orgullosa, contempla con admiración a su futuro marido, el gran Littleton, el orgullo de Syracuse, a quien en un momento de ceguera llamara alguien el Tonto de Capiroto, cometiendo así la más grave de las injusticias históricas.

F I N

La mejor agua mineral son las Sales LITÍNICAS DALMAU

la tal explotación se requiere maquinaria, que es preciso transportar a varios cientos de kilómetros del más próximo de los centros de transporte. Ciertamente es que queda el recurso del río, a falta de carretera, pero el tal río, en complicidad con las tenebrosas maquinaciones de Hycross, no arrastra el agua suficiente para transportar un balsaín en lastre, que menos la pesada maquinaria de las minas. Y así, Ellen, ya casi resignada a aceptar el fallo de la adversidad, se lanza a Europa en un esfuerzo final, desesperado, para tratar de salvar la situación.

Un día, a los pocos de navegación, Ellen y Littleton se conocen. O creen conocerse. Ellen, enterada por Powell de que Littleton es nada menos que el famoso ingeniero del canal de Erie, le confía sus culpas, segura de que el gallardo y flamante viajero ha de encontrar remedio a su desesperada situación. Littleton trata de confesar la verdad de su identidad, pero el azar, maestro supremo de los designios más arcanos, quebranta su loable decisión.

Y no es que no haya, entre los pasajeros, algunos para quienes la ciencia y hasta la identidad del presunto ingeniero son más que discutibles. Así lo creen Hycross, el explotador de garras usurarias, y Nick Pangolos, su acólito incondicional. El mismo día en que Looney conoce a Ellen, Pangolos trata de desenmascarar a Littleton en la mesa del capitán, durante la cena. Littleton, empero, logra eludir las insidiosas preguntas de Pangolos, recurriendo al más fácil de todos los expedientes: el chiste. Así, al preguntarle en qué principios se ha inspirado para la construcción del famoso canal



PRUEBE V LAS EXQUISITAS

Galletas Birba

ELABORADAS ÚNICAMENTE CON PRODUCTOS NATURALES DE CAMPRODÓN

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS. OFICINAS H^o DE ROCAFORT FERNANDO 14 BARCELONA

Mañana viernes, día 20,
estreno en el

Salón Cataluña

del
delicioso pasatiempo cuartelero



por la pareja más famosa de có-
micos europeos:

FRITZ KAMPERS
y
PAUL HÖRBIGER

